

La Esfera

8 Enero 1916

Año III.—Núm. 106

ILUSTRACION MUNDIAL



LAS DOS AMIGAS, cuadro de Eugenio Hermoso

DE LA VIDA QUE PASA LA EDAD DEL AMOR

En Francia, como en Suiza, como en los Estados Unidos, el amor es un pecado de juventud. Hay «julietas» de quince abriles, con las faldas a media pierna, y galanes de dieciséis años y de dieciocho que corren por los bosques tegiendo guirnaldas para sus amadas y suben a los árboles a coger los frutos maduros. A esa edad el amor es, todavía, un juego infantil; aún dormita el misterio sexual; niñas y muchachos se regocijan de hallarse juntos, pero no saben bien por qué; al entrar en un lugar reservado, nunca, ni «Ellas» ni «Ellos», se acordarán de cerrar la puerta; y, aunque se acordaran..., ¡oh!, no se atreverían. Es una alegría ingenua y casta como la de bañarse en el mar o la de caminar por un campo de amapolas una mañana de sol. Ni la mujer piensa en defenderse ni el hombre sueña cobarde en la traición; sus besos no tienen gravedad ni dejan melancolía en los labios. Es la edad divina y única en que el caído del ruiseñor, a la hora en que asoma la luna, no pone tristes a los amantes...

Los extranjeros, que no conceden a la separación de sexos tanta importancia como nosotros, hicieron del Amor una especie de «Prólogo» o de «Sinfonía» de la vida. Mujeres y hombres de Suiza, de Alemania, de Inglaterra y de Francia, llegarán a viejos tristes porque amaron y no fueron dichosos; al revés de nosotros, los españoles, que llegamos a viejos con la pesadumbre de no haber amado.

Un viajero, observador sutil y mucho conocedor de nuestras costumbres, me decía:

—He notado que en España lo mayoría de las mujeres se casan pasados los treinta años, y que hasta las mismas «descalificadas» triunfan en la galantería precisamente cuando empiezan a dejar bastante atrás la primera juventud. ¿Por qué?...

Y concluía:

—De todos los amigos españoles que tengo, puedo asegurar que no hay ninguno cuya esposa o cuya compañera sea verdaderamente joven.

La observación es justa, y, por ende, digna de comentarios, tanto más cuanto que descubre, bajo un hecho que a primera vista pudiera antojárenos epidémico o liviano, un interesante panorama étnico.

«La gallina vieja hace buen caldo» —dice un



antiguo adagio—. Y otro proverbio, no menos sabido, enseña que «a la mujer y a la mula por el pico les entra la hermosura».

Aparece una conexión notoria entre estos dos refranes —ambos de pura estirpe morisca—, porque si «la gallina vieja» —léase la mujer jamona o de cierta edad— «hace buen caldo», o lo que es igual, agrada y conviene, y de otra parte afirmamos que la mujer se herosea comiendo, o, en otros términos, que dentro de la estética femenina la gordura y la belleza son ideas afines, seremos llevados a reconocer que ésta se mejora y exalta con las pomposidades de la madurez.

A este criterio árabe debemos atribuir el éxito, la boga, la indiscutible hegemonía que, por razones de plasticidad más que por alquitarados motivos de curiosidad espiritual y de emoción, obtienen las damas «oñales». En ellas, los jóvenes buscan las líneas rotundas, la amplitud magnífica y tentadora de las formas; y los hombres ya expertos, un poco desengañados del amor tal vez, aquel juicio, aquella discreción tolerante y aquel mesurado regocijo que inspiran los años. Este último matiz imprime a nuestras relaciones amorosas un equilibrio, una ecuanimidad, un cierto sosiego melancólico que los extranjeros sienten enseguida.

A una chiquilla, influenciada por los ideales modernos, es difícil sujetarla, y entre nosotros el cariño va vinculado inexorablemente a un principio de dependencia ciega y hasta de esclavitud. El hombre siempre quiere ser amo, y de aquí que la docilidad sea, de todas las virtudes femeninas, la preferida.

Interrogad a vuestros amigos:

—¿Es inteligente tu mujer? ¿Es hermosa?...

Y, en un noventa y cinco de casos, os responderá cristianamente:

—Es buena...

Lo que significa: «Es humilde, es quieta, es mansa; es una voluntad que jamás se rebela contra mí...»

¿Pero, acaso esta dulzura casi maternal, esta

cómoda pasividad de harém, no son un corolario de la edad?...

Otro motivo —también de interesante raigambre psicológica— explica la preponderancia de las mujeres treintañales sobre las jóvenes de quince y dieciséis primaveras.

Estemotivo es «la pereza» del galán.

En amor, como en todo, el español es perezoso. Las mujeres que van aproximándose a los cuarenta —la edad fatal— y que vieron desvanecerse su ilusión de casarse, son más fáciles, más accesibles a cualquier amoroso requerimiento, aun cuando el cortejador no se aproxime, ni de lejos, al ideal soñado. Y es porque subsiste en ellas como un ansia de represalia, como un deseo de vengarse, de sublevarse contra una sociedad que, después de cargarlas de obligaciones —más crueles que cadenas— no tuvo ni siquiera una sonrisa para su juventud.

Enamorarse de una mujer que ya se acerca a los cuarenta, es un rasgo que, al par de una especie de galantería, implica una idea noble de restitución, de reparación, de indemnización. Así «Ellas», en su edad crepuscular, agradecen tanto nuestro homenaje y lo reciben con tan pronta y conmovedora ufanía; porque ese amor, que estimaban ido definitivamente, es como una factura que hubiesen juzgado incobrable y que, de pronto, en un día crítico, alguien espontáneamente fuese a satisfacer...

De Pirineos arriba, la edad del amor señala aquellos límites exquisitos en que la niñez y la juventud caminan de la mano: los días maravillosos en que... ¡todavía!... el bozo del adolescente no le puso al primer beso un subrayado triste.

Entre nosotros, la edad del amor es la madurez.

Los hijos de Francia, de Inglaterra, de Alemania, aman para enervizarse y luchar mejor; allí la mujer es aliada y colaboradora; es cerebro.

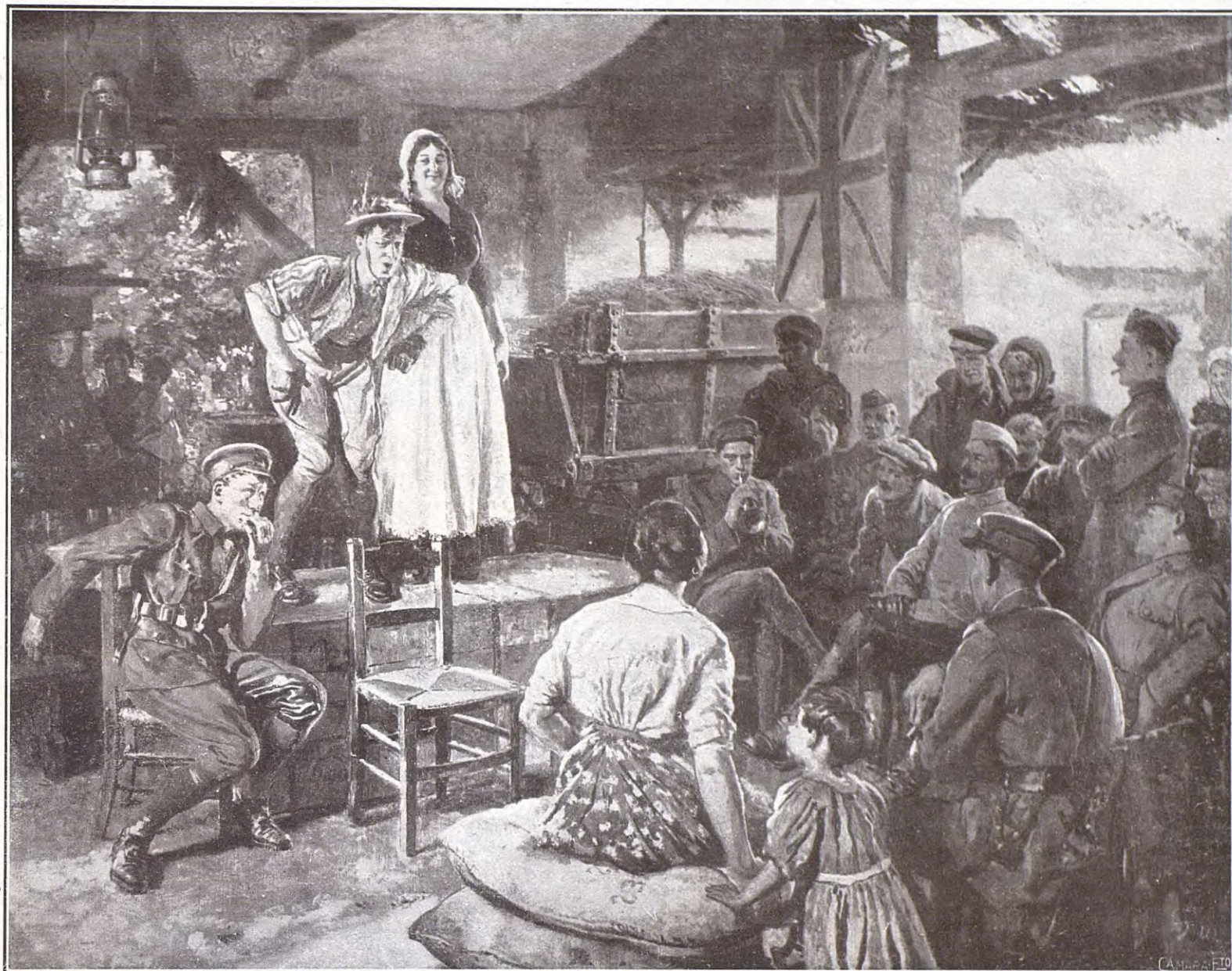
Aquí, para la mayoría de los hombres, el matrimonio es una retirada; se casan para descansar, y en armonía con esa fatiga interior buscan una compañera tranquila, una compañera sin inquietudes, sin incómodas trepidaciones de alma.

En España el amor no es un comienzo, sino un desenlace. Por eso es triste. Todos los desenlaces lo son...

EDUARDO ZAMACOS



ECOS DE LA GUERRA TREGUAS BÉLICAS



Soldados ingleses representando en un teatro de "varietés" improvisado en una granja, durante un descanso de las hostilidades

DESPUÉS de la batalla del Marne, los germanos en metódica conversión retrasaron velozmente la derecha de sus ejércitos y se atrincheraron en inabordable valla desde el mar a los Vosgos, imitándoles con igual prontitud de ejecución las huestes franco-inglesas. Desde entonces la lucha prosigue tenaz en la extensa línea, en pe'ea cotidiana de trinchera a trinchera, en guerra de minas, en contienda de zapas.

En las fortificaciones avanzadas, centinelas de ambos bandos beligerantes se avizoran, mientras los grandes retenes reposan fatigas en las galerías subterráneas ó tras los espaldones que les desenfilan de los disparos enemigos.

En estos ratos de ocio cada soldado muestra las habilidades de su ingenio; sobre escombros que amontonó confusamente la explosión de una granada, se improvisa un tablado, y en aquel escenario de campaña, el pilluelo de las grandes ciudades hace gala de su refinada travesura entonando con gestos y con suspirios cómicos picarescos cuplés que rememoran la vida confortable de la era de paz, en las lejanas capitales; baila otro con agilidad truhanesca un desenfundado cancan, otro se encarga de resucitar viejos juegos de prestidigitación que aprendió en sus años de juventud; con rústicos instrumentos se improvisa una orquesta, que logra interpretar entre ovaciones de animosa jovialidad, el vals de moda; bien pronto un centenar de voces en ruidoso orfeón corean una canción popular; de ella se pasa al himno nacional grave, vibrante, patriótico, como augur de prontos y precisos sacrificios para el lejano éxito que todos anhelan, para el triunfo definitivo que sedimente una paz duradera y firme, próspera y tranquila.

Y entretanto no cesa el ruido seco de los disparos, el silbido vocinglero de las balas, el eco cercano de la batalla perenne que comenzó há más de un año y que no lleva trazas de poner punto final á la contienda.

Las trincheras han adquirido una perfección no soñada; los guerreros han habilitado el subsuelo para hacer en él sus viviendas, en cuevas de trogloditas, en catacumbas que se prolongan por ramales y galerías, con diversidad de departamentos, que el buen gusto y el ocio bélico exornó á veces con profusión de adornos. Allí, bajo la tierra, á cubierto del hierro y del plomo enemigo y desenfiliado de las vistas de los pájaros de guerra del contrario, construyeron los soldados cuerpos de guardia, amplios salones, dormitorios, cocinas, cuartos de aseo, polvorines, repuestos de víveres y de municiones, talleres de reparación, enfermerías, como primeros puestos de socorro en caso de urgencia, todo cuanto precisan para la monotonía de su vida abnegada aquellos héroes que defienden con tesón de convencidos los propósitos y afanes de sus respectivos países.

En este confort improvisado han sido maestros los ingleses que, como siempre, han dedicado espacio y tiempo para sus deportes favoritos; los alemanes entretienen las treguas de pelea con cánticos patrióticos y los franceses hallan diversión en el remedo caricaturesco de tipos y costumbres, sobre escenarios ligeros.

A las trincheras de primera línea y ligadas á ellas por ramales y caminos cubiertos, siguen otras filas de atrincheramientos, sólidos, firmes, inabordables también, y á éstos siguen otros y otros minando la tierra hasta el campo atrinche-

rado de París, por un lado y por otro hasta el corazón de esa desdichada Bélgica, que defiende en esta dura pelea, más que su honor, su libertad, el reintegro de su perdida soberanía.

Hasta estas trincheras de segunda línea, donde reposan fuerzas las reservas, llegan de vez en vez, competentemente autorizadas, visitas diversas y entre ellas las de algunas artistas que, previa la venia de los jefes, intervienen gozosamente en las teatrales fiestas, siendo con su animadora presencia lenitivo á tanto infortunio como supone la constante tensión de nervios de la lucha ininterrumpida y el derroche sangriento de vidas de camaradas, amigos y parientes, en aras de la sagrada causa de la patria.

Las artistas viajeras llevan al vivac la alegría de su juventud, la gracia de sus encantos y la brisa anhelada de las lejanas ciudades; nuevas canciones picarescas, nuevos bailes, nuevas contorsiones; y con ellas alternan olvidando pesares y quebrantos, los bizarros soldados á quienes la patria confió la tenaz defensa de sus sagrados intereses.

Juegos, canciones, himnos, cuplés, bailes, teatrales escenas, y en la línea avanzada de aquél dádalo intrincado de minas y galerías, cañones, fusiles, ametralladoras, granadas de mano y bombas arrojadas siembran muerte y desolación y siegan en flor millares de vidas en aras de ideales bélicos, de sed de dominio, de firme afán de imponer al orbe la voluntad omnímoda del vencedor.

Contraste eterno: fiesta y duelo, vida y muerte.

AURELIO MATILLA

LA ESFERA

ARTE CONTEMPORÁNEO



LA MUJER DEL TORERO

Cuadro de Carlos Vázquez



CARLOS IV

EL PALACIO DE GODOY

PRONTO la piqueta demoledora caerá sobre los viejos muros del Ministerio de Marina, antiguo palacio de D. Manuel de Godoy, un tiempo regidor de los destinos de nuestra España. Y al des-

aparecer de allí aquel espléndido caserón habrá desaparecido también una página de nuestra historia alegre y triste a la par.

En aquel reinado de Carlos IV, del rey cazador, como se le llamaba, ocurrieron desdichas sin cuento para nuestra patria. Quien sabe si estas desdichas fueron motivadas por tener entregadas las riendas de la nación a aquel Príncipe de la Paz tan odiado del pueblo como querido un tiempo, mientras que el monarca olvidado de su nación entretenía sus ocios en placeres cinegéticos.

Por aquella escalinata del palacio de Godoy, severa y elegante, subieron muchas veces los soberanos a festejar al hombre de confianza de la Corona. Por ella subieron muchos desdichados con ansia de perdón y encontraron su muerte o su destierro.

Hoy por ella suben empleados, marinos, lectores que acuden a su biblioteca a beber en las fuentes de aquellas bien nutridas estanterías. Poco queda del esplendor pasado. Poco de la decoración primitiva. Se ha democratizado la escalinata y con ella toda la casa. Donde antes resonara el clave dulce y suave hoy se escuchan las voces de mando, la de jefes y oficiales de nuestro heroico cuerpo de marinos que resuelven asuntos de importancia para la nación.

No hemos de rememorar aquí la historia del favorito de la reina María Luisa y de su esposo Carlos IV, porque está latente todavía su recuerdo; pero sí hemos de condolernos de que poco a poco vayan perdiéndose los recuerdos de nuestras legítimas glorias nacionales.

De aquel palacio han desaparecido cuadros, objetos artísticos, muebles de valor inapreciable, etc., sin que sepamos con certeza dónde fueron a parar, y esto es lo que queremos evitar con estas líneas dando la voz de alarma referente a unas pinturas existentes en la biblioteca del hoy Ministerio de Marina.

En 10 de Marzo de 1913 el Ministerio de Instrucción pública y Bellas Artes ofició a la Real Academia de San Fernando solicitando informe acerca de la conveniencia de trasladar al Museo Nacional de Pintura y Escultura, cuatro pinturas al temple del inmortal D. Francisco de Goya, existentes en la susodicha biblioteca.

La Comisión compuesta si mal no recuerdo de los Sres. Villegas, Garnelo y Ferrant, manifestó a la superioridad su conformidad en el traslado. Decían estos señores académicos en un brillante informe: «Se trata de cuatro lienzos circulares pintados al temple, tres en buen

vacación y uno completamente desnaturalizado por un gran repinte al óleo.» No dice la Comisión quién fué la mano alevé que cometió tamaña herejía, pero por informes fidedignos he venido a saber que el tal pintor, fué el Sr. Monleón, restaurador del Ministerio, cuya empresa destructora la realizó en el último tercio del pasado siglo.

Estos lienzos no están pegados al muro, sino fijados por el borde circular y cubierto éste a la vez por una tabla a modo de marco en la que, pintada al temple, se simula una moldura.

Representan los lienzos *El comercio*, *La industria*, *La agricultura* y *La ciencia*, todos sobriamente interpretados. El representativo de *La ciencia* es el repintado. Del primitivo cuadro sólo se conserva una venerable cabeza de anciano con lengua barba en la que se ve el estilo brillante de Goya; el resto del cuadro está horriblemente desnaturalizado como decimos.

A los lados de estos círculos en espacios triangulares, se desarrolla una bella e interesante decoración por intervenir en parte en ella el rasgo genial del gran artista aragonés, formando un lindo conjunto.

Los peritos en la materia creen, que si por completo no están hechos por Goya estos triángulos decorativos existen indicios suficientes para creer que el gran pintor dió en ellos algunas pinceladas y que sobre todo, bajo su absoluta dirección y por persona muy compenetrada con él, en cuanto a su estilo, fué ejecutada la obra. Por este motivo la Comisión informadora propone la conveniencia de no separar el paño central sino a condición de completarlo a su instalación en el Museo, con la parte decorativa que le rodea, bien sea copiado fielmente, ó bien procurando separarla del muro, el día que se acuerde la demolición del edificio.

La Academia no ve peligro alguno en el traslado de dichas telas, levantando primero la moldura que tapa sus bordes y después poco a poco ir desprendiendo y fijando a un bastidor, preparado a este efecto, por la parte del frente, de tal modo que al terminar, la tela quede libre del muro y fijada sobre dicho bastidor, pasándose

después a otro definitivo.

Ya un artista español, orgullo de nuestra patria y modesto por ende, se encargó de hacer una obra parecida con una de las pinturas murales de San Francisco el Grande y el éxito ha coronado sus esfuerzos. Puede en esta ocasión repetirse el procedimiento y seguramente se obtendrán los mismos resultados. También en el informe y para evitar temores, propone la Comisión el comienzo de la obra por el paño estropeado—por el repintado al óleo—y de su resultado volver a inspeccionar si se debe continuar el trabajo de la manera indicada ó desistir de ello para emplear otro cualquier procedimiento que garantizase el éxito del traslado.

El informe fué solicitado el 10 de Marzo de 1913; la Comisión contestó en Abril del mismo año, sin que hasta ahora se sepa nada de las resoluciones adoptadas por la superioridad.

Ahora se habla ya, como de cosa cierta, del traslado del Ministerio de Marina; se nos dice el sitio dónde ha de enclavarse el nuevo edificio; se asegura que pronto comenzarán las obras, pero no sabemos nada referente a estos hermosos lienzos de Goya, que requieren tiempo para ejecutar su inteligente traslado.

No está tan sobrada España de glorias presentes para que descuidemos las pasadas. Goya es una de nuestras glorias más legítimas; sus cuadros retratan la vida de una época; en el extranjero se pagan muchos miles de pesetas por sus producciones y nosotros tenemos el deber de conservar las que aún poseemos.

El palacio de D. Manuel de Godoy, Príncipe de la Paz, podrá desaparecer por necesidad inevitable; los templos de Goya y la decoración mural deben conservarse por honor nacional. En el Museo tendrán sitio apropiado, allí podremos admirarlos propios y extraños. La gran Academia de San Fernando ha dado su informe claro y preciso; el Excelentísimo Señor Mi-

nistro del ramo debe dar las órdenes oportunas, para que, cuanto antes, se comiencen las obras de traslado de estos lienzos del pintor castizo, del más madrileño de nuestros pintores, de aquel D. Francisco de Goya y Lucientes, fiel retratista de una raza, de una época y de una nación viril y artista en toda clase de manifestaciones.

Creo con sinceridad que puede esperarse una eficaz y rápida determinación del señor Ministro de Marina; pero si acaso se mostrara rehacio ó indiferente a esta patriótica demanda, los amantes del arte, los adivinadores de Goya, que son todos aquellos que llevan a España en el corazón, deben insistir hasta hacer efectivo un deseo que se inspira, no en un capricho, sino en un ideal de españolismo y en un sentimiento de amor a la patria.

Juan GÓMEZ RENOVALES



GODOY



Palacio que fué de D. Manuel Godoy, príncipe de la Paz, y en el que actualmente está el Ministerio de Marina
FOT. SALAZAR



"El Parador del bosque (Noruega)"



"Moulin de la Galette (Paris)"

Paisajes del pintor polaco Kowalski

LA VIDA ARTÍSTICA

PAISAJES Y PAISAJISTAS

NUNCA ha presenciado Madrid tal número de exposiciones simultáneas ó de tal modo consecutivas que apenas descuelga un artista sus cuadros ya se encarama el sucesor en la escalera para colgar los suyos.

Y—caso bien grato para nuestra neutralidad oficial—la mayoría de los artistas son extranjeros. La guerra les empujó hacia nuestras fronteras y cerca de año y medio han ido recorriendo las españolas regiones copiando sus características y naturales bellezas. Doblemente curioso es, por ende, para el profesional y para el aficionado de las bellas artes, ver cómo estos pintores extranjeros interpretan el paisaje español.

Actualmente exponen en distintos sitios de Madrid un austriaco, un polaco y un francés.

El austriaco es el Barón de Myrbach, y expone en el prestigioso salón *Arte Moderno*; el polaco I. Kowalski, y expone en el Hotel Ritz; el francés Fernando Laroche, y ha reunido en la casa Vilches uno de los conjuntos más espléndidos que hemos visto en el lindo salón de la calle del Príncipe.

En la sala de expositores extranjeros de nuestra última Exposición Nacional se destacaron desde el primer día los paisajes de Fernando Laroche. Eran unas notas cálidas, vibrantes, ebrías de luz y de color que transmitían la sensación de una Venecia de ensueño.

Al lado de estas notas de rico cromatismo, de jugosa exuberancia colorista había otras tenues, delicadas, sutilísimas, en que las gamas se desleían con suaves ondulaciones, temblorosas y adormecedoras como trémolos sinfónicos.

Sin embargo, todo ésto, tan admirable, tan suficiente por sí mismo para afirmar sólidamente la reputación de un artista, no era sino débil promesa, insignificante prólogo de lo que ahora ofrece el ilustre pintor francés en su actual y

magnífica exposición de la casa Vilches. Es una verdadera fiesta de los ojos y una graíísima bifurcación de senderos para los esparcimientos de la sensibilidad.

Hay lienzos que refugan como joyas, lienzos que causan la sensación de mayólicas ó esmaltes, lienzos que apenas tienen una niebla de color. Lenzos en que el artista falseó noblemente el natural con lógica y muy contemporánea obsesión decorativa y lienzos, en cambio, donde se piensa que tan hondo penetrara el encanto de la naturaleza en el artista, que su alma se arrodilló con primitiva ingenuidad ante la campesina paz.

Pero siempre, siempre, surgiendo de inconfundible manera sobre tan varia profusión de procedimientos y sensaciones, la personalidad de Fernando Laroche se impone fuerte ó romántica, inquieta por el dolor ó iluminada de gozo. Estamos en presencia de un gran sensitivo y de un poderoso maestro de su arte para quien la técnica pictórica rasgó todos sus velos, ofreciéndosele enamorada y desnuda...

Dos épocas perfectamente definidas, aunque separadas ambas por, un lapso de tiempo muy breve, se observan en los cuadros de Fernando Laroche. Pertenecen la primera á sus paisajes de Italia y á la serie especial de Venecia, donde hay desde las notas vagarosas, con árboles humosos y lejanías imprecisas á lo Corot, hasta los encendidos vigores de un Brangwyn.

La segunda son aspectos de Madrid y de las viejas ciudades de Avila y Segovia. ¡Qué maravillosa é inédita sensación sugieren estos lienzos últimos que ha pintado el maestro francés! Son exaltadores, optimistas, despojados de esa obsesión truculenta ó mortecina que dieron á Avila y á Segovia otros pintores extranjeros y aun nacionales. En cuanto á Madrid es también una visión nueva, suprasensible, que desmiente la zozca afirmación



"Costa vascongada", por Kowalski

de los que aseguran no existir el paisaje en la capital de España. Citar los acierios de Laroche equivaldría a copiar íntegro el catálogo. No hay, entre los noventa y siete presentados, un solo cuadro mediocre ó desprovisto de interés.

ooo

Antes de Fernando Laroche espuso en el mismo Salón Vilches el pintor español Matilla una colección de cincuenta lienzos, entre paisajes y retratos.

De estos últimos había algunos verdaderamente notables, como los de los Sres. Más, Bianqui, Marquina, y sobre todos, el autorretrato del artista.

Pero la orientación favorita de Matilla es el paisaje, y dentro de este aspecto, el paisaje de la costa catalana. Casi todos los cuadros expuestos eran del pintoresco pueblecillo de Cadaqués, y la factura amplia, el colorido envuelto y un poco desvaído, nos recordaron la manera de un gran paisajista catalán: Eliseo Meifren.

ooo

El Sr. Kowalski ha expuesto en el Hotel Ritz cuarenta y dos paisajes, algunos de ellos de gran tamaño y todos muy interesantes.

Figuraban notas de Noruega y de Francia, conseguidas con elegante traza y excelente buen gusto.

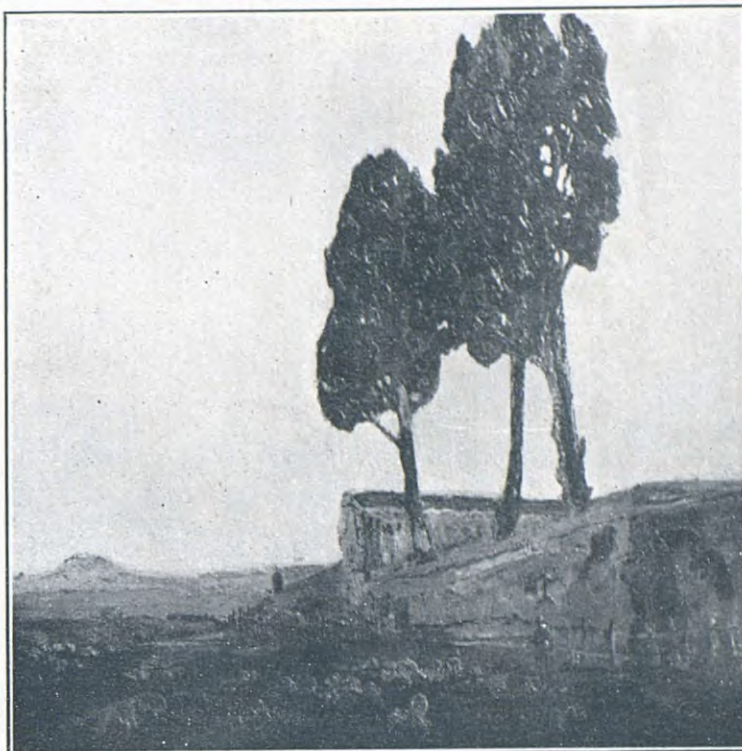
Pero lo que constituía la verdadera importancia de la exposición era la serie de paisajes del Norte de España, de Asturias, la mimosa y de Valencia, la brava.



"Puerto de Cadaqués (Cataluña)", cuadro de S. Matilla



"Calle en Cadaqués (Cataluña)", cuadro de S. Matilla



"Cipreses en Albano", cuadro de Fernando Laroche



"Avila", cuadro de Fernando Laroche

El Sr. Kowalski es un partidario de las modernas tendencias y así concede la misma atención á interpretar el natural que á darles á sus cuadros un sentido decorativo.

El alma encantada de los países vascos y asturianos vaga por estos lienzos del notable pintor polaco. Se le adivina lógicamente identificado con los mares bravíos, con las cumbres nevadas y los bosques de árboles centenarios. Habla con entusiasmo de Sevilla, del sol crudo de Andalucía y dudamos que su temperamento le permita interpretar aquellas exuberancias luminosas como estos cuadros de las tierras envueltas por la bruma.

Citemos como lienzos sobresalientes *Costa vascongada en Biarritz*, *El parador del bosque*, *Casas vascas*—muy interesante, además de técnica—, *Costa nevada* y *Paisaje del Retiro*.

ooo

Por último, el Barón de Myrbach expone en *Arte Moderno* numerosa colección de acuarelas en que ha reproducido tipos, costumbres y paisajes de la provincia de Alicante.

Son muy curiosas estas acuarelas, reveladoras de un temperamento minucioso y observador, tanto, que, á veces, la exactitud demasiado fotográfica de la reproducción, acaso dañe á la necesaria espontaneidad de este género de obras.

No obstante ese pequeño defecto, las acuarelas del Barón de Myrbach se contemplan con agrado y se las reconoce desde el primer momento su valor documental.

La exposición de las obras del Barón de Myrbach, como las de sus colegas, son dignas de sincero elogio, y lo obtendrán, sin duda.

SILVIO LAGO

EDIFICIOS DE MADERA STARKIRKE

En los largos viajes hay siempre algo que nos defrauda. Quisiéramos hallar ó la civilización superior que nos admirase ó algo muy primitivo, muy ingenuo, muy pintoresco. Algo muy distinto de todo lo que conocemos, que rara vez se encuentra.

La nota típica que primero nos cautiva en Bergen, primera ciudad noruega que visitamos, consiste en las construcciones de madera. Aunque ya en muchas de sus calles las modernas casas de piedra van sustituyendo á los antiguos edificios, en su conjunto aún es Bergen una ciudad de madera. Parece que la madera abraza más y con más blandura. Da un carácter de hogar y al mismo tiempo nos deja más en comunicación con todo, más á la intemperie; el viento de fuera nos rodea más. La argamasa, la piedra, la cal, la fábrica de la obra, es algo que no logramos nunca influir; la madera da más familiaridad y más parentesco; no nos pesa ni nos encierra demasiado la casa. Tiene menos de cárcel fuerte, es una obra un poco frágil y un poco improvisada. Tiene algo de barraca de aldeano. Sin embargo, esta impresión llega á perderse cuando vemos tantas casas, de varios pisos, alineadas, formando las calles de una población y llega así á hacerse serio y definitivo lo que nos había parecido como un poco de juguete, de provisional.

El conjunto de todo se encadena y á pesar de sus pintorescas paredes de tablazón, de sus tejados á piñón, puntiagudos, con esa gracia que ponen en la calle los tejados agudos, se va perdiendo poco á poco la idea de que esas casas son edificios de madera: se petrifican.

Muchas de ellas, cubiertas de cal y de pintura borran nuestra impresión por completo; los teatros pierden el carácter de barracón que la madera les da entre nosotros; y en las habitaciones de los hoteles, con su perfecto tapizado, apenas nos daríamos cuenta de habitar una casa de tablas á no ser por los ruidos que las paredes no apagan, por las jugarretas de algún ratón, y por el temor que despierta en nosotros ver cerca de los balcones el aparato de salvación de incendios, que hay en cada uno, recordando la fragilidad del edificio.

Pero en cambio subsiste y se acrecienta el entusiasmo á la vista de esas poéticas iglesias de madera «Starkirke» que son típicas del país.

Jamás podrá olvidarse la impresión que se recibe en una visita á la Starkirke de Fantopt, cerca de Bergen.

Esta iglesia es como un árbol, mas un árbol sagrado y extraño, que ha crecido en el bosque.



Una de las principales calles de Bergen

No tiene la forma de una ermita ó una casa de las que tenemos la costumbre de ver. No se ajusta tampoco á nada de lo que en Noruega hemos visto; no tiene semejanza alguna con el arte del Norte. Es una casa oriental, india, persa; buscando semejanzas en Europa sólo se hallan en Bizancio, en ese arte antiguo que influye á Rusia y del que de un modo algo inexplicable se descubren, cada vez más, vestigios en Escandinavia. Todo el recinto de la iglesia está rodeado de una verja, tiene el antiguo atrio y pórtico, que sirve de refugio á los fieles y toda la techumbre, que la cubre casi por entero, está formada por una especie de tejas ó escamas en cuyos remates sobresalen unas gárgolas que recuerdan la forma del timón y representan estilizadas esas cabezas de dragones y quimeras que se encuentran asimismo en las decoraciones de los barcos de Vikings y cuyo estudio hace pensar en antiguas relaciones entre Noruega y Bizancio.

El interior es sombrío y oscuro, pero tan chiquitito y acogedor que lo iluminan bien los cirios amarillos, la luz religiosa por excelencia. Es toda de madera; la nave central está sostenida por columnas lisas cuadradas y simples que forman arcos de medio punto. Hay algunos bancos sencillos, una lámpara de hierro, gótica, como esas coronas de reyes del museo del Louvre. A los dos lados del altar, sin más adorno que un mantelillo y dos candeleros ante un pequeño Cristo, hay dos santos tallados en madera, también góticos, toscos y severos y cerca de ellos un motivo más extraño, un toro alado, mezcla de asirio y de egipcio, de una gracia primitiva é ingenua.

Se siente una bien allí como si hubiese llegado á la hora de un buen pastor. Parece como si el pequeño santuario se impregnase más de las oraciones, queda más en ella el fervor apasio-

nado que se hace más humano. Es que contribuye sobre todo el lugar, aquel bosque silencioso que forma el Valle de Fantopt entre las colinas de montañas que dibujan sus extrañas formas en el horizonte. Esa calma melancólica, suave, envuelta en celajes; esa palidez mate y opaca del ambiente, esa melancolía noruega, de mar y de montaña, que se siente siempre hasta sin mar y sin montaña; melancolía de su cielo, de su luz, como un presentimiento ó una amenaza de la falta de sol.

Y cerca de la iglesita, que parece á veces como un barco enclavado en la tierra al retirarse la marea, quilla al sol, emociona aquel montón de tierra redondo, recubierto de musgo seco, sobre el que se alza una cruz de piedra blanquecina.

Es un cementerio, un cementerio sin epitafios, una fosa común donde la transformación de la materia debe hacerse más fácil y más grata. La tierra les será más breve. Esa forma de montecillo de tierra sobre la tumba obedece á la misma idea de perpetuar un recuerdo que alza las pirámides. Merced á esa tosca señal se encontraron en Suecia las *Colinas de Rey*, que encerraban tumbas y tesoros cerca de Upsala.

Ya no hay tumba segura de la investigación y apenas pensar en que se remueva esa tierra de paz colocada bajo la sombra piadosa de esa iglesia, que es más bien una pieza de museo digna de resguardarse y de cubrirse en vez de dejarla expuesta á los rigores del tiempo.

Son sólo 24 las iglesias de madera que quedan en Noruega; la más grande es la del Heral, y la mejor conservada la de Borgund, aunque ninguna tan graciosa y original como esta.

En algunas se hallan caracteres rúnicos grabados á cuchillo. En la última citada se encuentra esta inscripción: «Thoner ha escrito estas letras á la gloria de S. Olaf».

En la que se ha trasladado de Silesia á Naug se encuentra esta otra inscripción: «Los hijos de Gose lo han erigido á la memoria de su sobrino Gunar».

Esas inscripciones dan una fecha de fabulosa antigüedad á estos edificios que nos parecen tan frágiles y que han resistido tantos siglos. Edificios que se transplantan de un lugar á otro como árboles y á los que por una extraña sugestión creemos que un día van á arraigar de nuevo en la tierra para retoñar una primavera, con ramas y con flores, cuando la vuelta de su sol derriba la cubierta de nieve que, durante los largos meses de noche, les sirve de sudario.

CARMEN DE BURGOS
«Colombine.»



El Ayuntamiento de Bergen



La Iglesia de Madera de Fantopt



GRANADA

¡Granada!, tú que fuiste mil veces decantada,
escucha otra cantiga de un alma enamorada:
cantiga que ha surgido de la pasión ardiente
que este juglar amante por tu hermosura siente.

Yo sé que á ti llegaron eximios trovadores;
yo sé que te cantaron, rendidos, sus amores;
yo sé que se postraron igual que yo me postro
besando hasta la tierra para ocultar el rostro:
que la emoción intensa la faz nos desfigura
y esa emoción se siente mirando tu hermosura.

¡Granada!, no desdénies mi voz enamorada;
escúchame piadosa, magnífica Granada;
la del Generalife, que es sueño de poetas;
la de la sierra ingente de nievas mesetas;
la de inspiradas gestas; la de sublime historia
de moros y cristianos, á quienes la victoria
llevó desde Castilla la Reina veneranda
cuyo valor los campos de Jesucristo agranda.

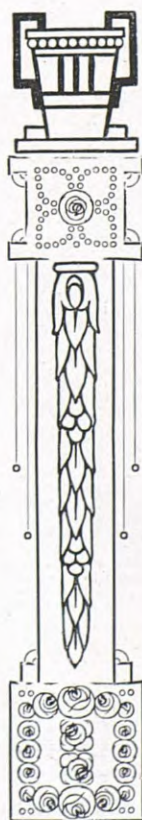
La de abundosos cauces; la de la fértil vega
que el agua de las nieves delicuescentes riega;
la de la Alhambra edénica que el universo admira,
la memorosa Alhambra que por Alah suspira.

¡Alhambra!, en tu recinto me siento transformado,
me olvido del presente, me acuerdo del pasado;
tus viejos murallones me traen á la memoria
recuerdos de mi patria, recuerdos de su gloria;
recuerdos que se albergan ocultos en tus ruinas,
ocultos como nidos de alegres golondrinas.

Alhambra cimentada sobre tan bello monte,
Alhambra que infinito parece tu horizonte,
Alhambra que sonríes al que venturas goza,
Alhambra que atribulas al alma que solloza.

Polícromas estancias donde quedó el ambiente
fragante y voluptuoso que vino del Oriente.

Graciosos ajimeces, tallados artesones



testigos seculares de idilios y traiciones;
estanques en los cuales refléjanse invertidas
las torres que se yerguen al cielo dirigidas;
las torres que se apartan soberbias de la tierra
batidas por los aires norteños de la sierra.

Adarves y atalayas, almenas y bastiones,
poternas y reductos y fuentes y balcones,
la hiedra os acaricia, la hiedra os embellece,
la hiedra trepadora que por los muros crece
y abraza á lo vetusto cinéndolo lo mismo
que á un viejo una doncella rendida á su erotismo.

¿Y el agua cristalina que bulliciosa juega
huyendo de la altura para buscar la vega...?

Murmurio deleitante cuya monotonía
barbota los secretos ensueños de la umbría;
murmurio que en la huída fugaz, el aliciente
del monte memoroso nos canta dulcemente...

Regazos serpientes, cascadas sonoras,
remansos silenciosos, fontanas rumorosas...:
seguid, seguid cantando, que es música divina
la música que brota del agua cristalina,
pues ella nos refleja lo azul del firmamento
y vibra en sus murmurios un celestial acento...

El agua corre, salta por riscos y breñales
fluyendo eternamente por cauces torrenciales;
el agua cuyo embate no lo detiene nada,
el agua que es la risa jocunda de Granada.

¡Oh campo fértil, campo de heroicas contiendas,
de mágicos amores y de épicas leyendas;
tú traes al alma mía recuerdos del pasado
por eso en tus florestas me siento transformado;
y escucho la estridencia de la morisca zambra
que aún vibra por los patios ecóicos de la Alhambra!

FOT. SOLLMANN

Luis CAMBRONERO

LA GUERRA CIENTÍFICA EL NUEVO GENIO DEL MAL



Mr. Turpin, el inventor de la melinita, en su gabinete de trabajo

El Genio del Mal se ha hecho en nuestra edad sabio. Ya no es Moloch ni Luzbel, ya no es dios como Vichnú ni demonio como Satán. Es sencillamente ingeniero, químico, mecánico ó electricista; se llama Edison, Nobel, Turpin... Como los símbolos y mitos demoníacos antiguos ponían al servicio del mal todas las fuerzas sobrehumanas y sobrenaturales de que los dioses les dejaban disponer, estos sabios aportan á la guerra el concurso de sus inventos diabólicos. Nobel, al inventar la dinamita, abre en la ciencia el ciclo de los poderosos explosivos. Gracias á su fuerza la ingeniería ha podido acometer obras grandiosas que antaño necesitaban el esfuerzo de millares de hombres, arañando como insectos durante meses y meses en las duras rocas y en las profundidades de las minas. Turpin inventa la melinita y tras ellos, siguiendo y mejorando sus métodos, los químicos van produciendo tales explosivos que ya no hay defensa posible en las corazas de acero ni en los muros de granito. Y ahora, al perdurar la guerra, como si no muriesen bastantes hombres aún, como si no hubiera bastantes ciudades arrasadas, los pueblos combatientes piden á sus sabios que inventen más, que pongan en manos de los soldados los rayos de Júpiter, que descubran tal elemento destructor que compense todas las imprevisiones del pasado.

Así, Francia entera tiene la esperanza puesta en Turpin más que en los generales. La tendencia de los pueblos angustiados á confiar en lo inesperado, en lo maravilloso, en lo milagrero, hace que, aun entre las gentes de cierta cultura, se crea que un químico nos dará, no una nue-

va fórmula más detonante, más expansiva, más destructora, sino un sortilegio mágico que bastará para acabar la guerra, más que en días, en horas. Y acabar la guerra, venciendo, triturando, destrozando al enemigo... Se ha sabido en Francia que Turpin hace ensayos de una pólvora que podrá resistir más de 300 grados de ca-

lor. Ya esta cifra arrastra á las gentes al espanto, porque imaginativamente no hay modo de darse cuenta de esa temperatura, al lado de la cual la tórrida debe acariciar la piel como una suave brisa. Y la imaginación popular, que es andaluza ó tarasconense ó portuguesa en todas partes y propende á la exageración siempre, deduce de aquella cifra iguales proporcionalidades en poderío destructor.

Ningún inventor ha trabajado con tales apremios. La nación entera se pregunta cada día: «¿Aún no ha acabado Turpin? ¿Aún no está el invento concluído?» Y si tarda un mes, tres, cinco, un año, y la guerra concluye antes, ¿para qué querrá Francia entonces una pólvora que resista 300 grados?

Ni con tales apremios ni con tantas responsabilidades. Yo no sé si el sabio que inventa una pólvora para que las tropas se maten más y más pronto tendrá corazón, ni si la vanidad y la codicia, que son las dos grandes espoleadoras del saber, dejarán espacio para que la conciencia grite; pero si no despierto, en sueños, ese hombre que se pasa el día entre alambiques y retortas para dar la vida fugaz de la explosión á la materia inerte, tiene fatalmente, necesariamente que evocar, siquiera sea por un minuto, la visión tremenda del campo de batalla, donde los hombres caen en tierra, rugiendo, maldiciendo, heridos, despedazados... Y es su melinita, es su pólvora de 300 grados la que hierre, la que mata, la que incendia, la que siega las vidas y arrasa los campos...

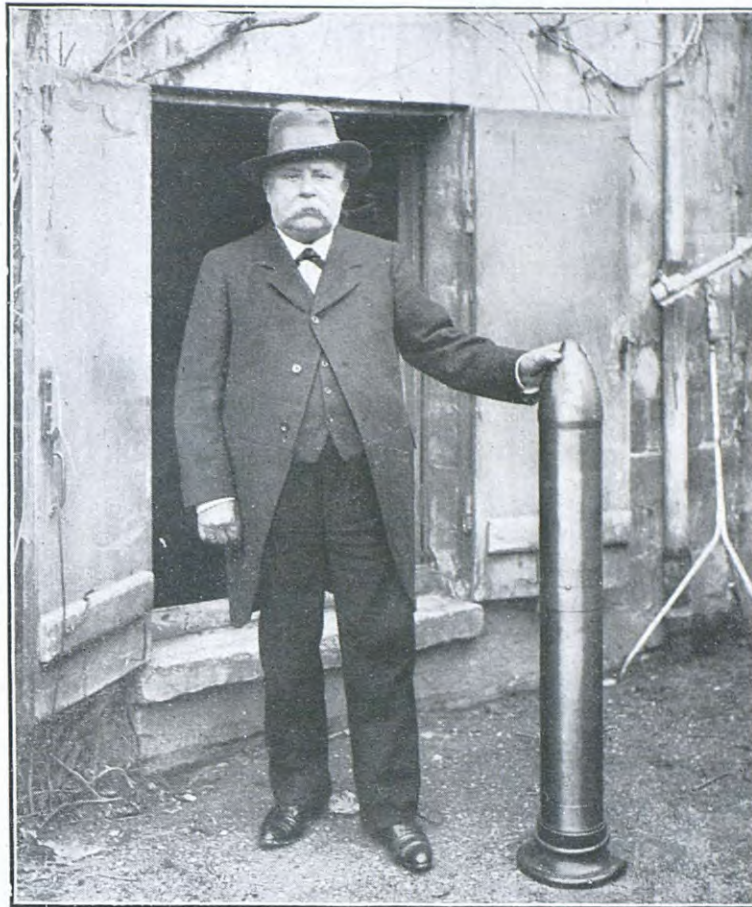
¿No recordais aquella fundación del premio Nobel, con renta cuantiosísima, y no veis que la hermosa iniciativa es la obra de un tremendo remordimiento?



Mr. Turpin haciendo ensayos para su nueva pólvora, que ha de resistir una temperatura de más de 300 grados

El inventor de la dinamita acumuló en su vida capitales para crear con ellos una renta que vaya á parar á manos de los gobernantes que hagan mayores esfuerzos para conservar la paz, de los propagandistas que combatan más fieramente el militarismo y el imperialismo, de los novelistas que hagan una obra más humana, de los poetas que lleven á las muchedumbres más altas idealizaciones, de los médicos que encuentren el remedio cierto de una enfermedad, de los inventores que descubran algo que contribuya á la felicidad de los hombres...

Así, imagináis que también Turpin tendrá su hora de remordimiento. Le veis con su aspecto de bonachón burgués y os engañaría si no estuviera reflejada en sus ojos la obsesión á que está sometido su cerebro. Porque á él también le alcanza, sin duda, una remota esperanza en lo inesperado, en lo maravilloso, en lo milagrero, en una idea que surge de pronto, en una revelación luminosa que la Naturaleza os hace, en una inspiración como de poeta. Así se hicieron todos los grandes descubrimientos, desde el de Arquímedes al de Newton... Y Turpin confía no sólo en esa pólvora que poco á poco va respondiendo en la realidad á la fórmula química y algebraica que el inventor resolviera antes en un papel, sino en algo inmenso que nunca pudo ser imaginado sino en los delirios de un loco ó en las fantasías literarias de Julio Verne; algo que arrasara ejércitos enteros desde distancias enormes, algo que hiciera temblar todo el territorio enemigo, algo que cayera del cielo como en la tremenda noche de fuego que vió la mujer de Loth, algo contra lo que no hubiera defensa posible y que obligase al adversario á caer de rodillas, confesándose vencido y pidiendo la paz.



Mr. Turpin con el cohete auto-giroscópico de su invención

Mientras esa idea surge y la Providencia quiere hacer esa revelación, Turpin trabaja como un mago, como un astrólogo, como un alquimista de antaño.

La piedra filosofal de Francia puede surgir de sus manos. Como á Edison ya comienzan á llamarle *el brujo*, y es que en esta guerra científica, en la que el saber humano ha condensado todos sus progresos, comienza á perderse la fe en la Ciencia, que nunca da la solución definitiva, y el alma atribulada comienza á poner su fe en los secretos de la Magia.

Rodeado de misterio, vigilado por una policía que cuida de que nadie se acerque al laboratorio del sabio, Turpin se siente acompañado de la inquietud y de la esperanza quebradiza y temblorosa de toda Francia... ¡Y el invento tarda! Ningún hombre se vió sometido jamás á tormento semejante; de días y de meses ya, de más de un año. En las trincheras y en los hogares doloridos, cada mañana surge de todos los labios, como una oración, la misma pregunta: «¿Aún no ha acabado Turpin?» Y se teme que Francia esté padeciendo la hostilidad cruel de lo inesperado, de lo misterioso, de lo milagrero...

Turpin, con la obsesión en los ojos, pasea como un iluminado su preocupación por el minúsculo jardinillo de mesócrata, y ya al caer de la tarde, ó al amanecer después de la interminable velada en el laboratorio, busca refugio y esperanza en la corraliza donde unas gallinas picotean el grano vertido de sus propias manos, de aquellas manos que buscan insaciables el arcano de la muerte para los hombres y donde unas fogosas palomas arrullan insaciables el idilio de sus amores...

DIONISIO PÉREZ



Mr. Turpin, en el jardín de su casa, dando de comer á sus palomas y á sus gallinas

FOTS. HARLINGUE

□ □ □ CUENTOS ESPAÑOLES □ □ □



LA DAMA DE LA ROSA

Aunque parece cuento no lo es, puesto que quien fué protagonista del suceso lo refería lleno de honda emoción, recordando la indudable realidad del hecho. Acaeció el suceso á un joven diplomático alemán que vivía en Madrid durante aquellos turbulentos días en que el conde de San Luis concitaba sobre él las iras liberales y se gestaba imponente un movimiento revolucionario que se esperaba de un momento á otro. Poco después, en efecto, salía O'Donnell de su escondite hacia Chamberí en el coche que guiaba el marqués de la Vega de Armijo; el general Dulce disponía el levantamiento en el Campo de Guardias y comenzaba la Vicalvarada. El preludio de la revolución de Julio, que había de acabar con la vuelta de Espartero y la marcha de la reina Cristina, tras unos días tremendos de anarquía y delirio popular.

Pero mientras mandaban los moderados era cuando la sociedad de Madrid se divertía á más y mejor, exhibiéndose en el Prado, llenando el hacía poco tiempo inaugurado teatro Real, y, sobre todo, viviendo de fiesta en fiesta en las más prósperas residencias de la corte.

La duquesa de Alba, hermana de la emperatriz de los franceses, era la primer elegante de Madrid y su coche aparecía en los paseos rodeado de aristocráticos jinetes. Su madre, la condesa del Montijo, daba á sus amistades el encanto de las reuniones de los domingos en su palacio de la plaza del Angel y de fiestas en su finca de Carabanchel, lugar que ella y la reina Cristina, con su posesión de Vista Alegre, habían hecho un sitio de moda, intentando arraigar el amor á

las casas de campo en las cercanías madrileñas. La propia reina madre organizaba también suntuosos regocijos en su palacio de la calle de las Rejas, que no había de tardar en perecer víctima del fuego revolucionario. Por aquellos días había animado también los salones la presencia del príncipe de Parma, un muchachote original y campechano que después ó antes de una comida saltaba sobre la mesa sin detrimento de vajilla y cristalería, pero con estupefacción de los presentes ante aquella manifestación tan poco principesca. Este príncipe Fernando Carlos III, murió asesinado poco tiempo después. Y no es, en fin, de este sitio enumerar todas las muchas y muy brillantes personalidades que eran gala de Madrid en los días interesantes y agitados del comienzo de 1854.

En esta sociedad, de una aristocracia y una distinción sin par, hallábase encantado el diplomático tudesco, bien recibido y agasajado en todas partes. Era amigo de las más espléndidas bellezas, la duquesa Angela de Medinaceli, la morena andaluza; de María Bushental, la del brioso ingenio, y de Carolina Coronado, la insigne poetisa. Osuna y Salamanca tenían para él un lugar en su mesa, en su coche y en su palco.

Una noche había bailes de máscaras en el Real. El diplomático, á quien al principio había divertido el espectáculo de la sala llena de varios, elegantes y lujosos disfraces, acabó por sentirse aburrido y acudió á refugiarse en el palco de Salamanca, donde se sentó junto á la puerta. Estaba solo, y no tardó en ver que la

puerta se abría y una máscara gentil levantaba la cortina. Era una linda figura vestida de negro. Negro era también el antifaz. Sólo sus guantes eran blancos. Blanca era también una rosa que llevaba en la mano.

Sin decirle palabra, hízole un ademán de mandato para que la acompañase. Colgose de su brazo, obedeció el caballero y juntos bajaron al salón. La máscara era muy bella, pero silenciosa. Lindas y breves eran sus manos, así como sus pies. Su figura, gracil y esbeltísima. Sus ojos, muy negros, brillaban bajo el antifaz.

Con orgullo galante harto justificado, sentíase satisfecho el caballero de llevar de su brazo á tan gentil muchacha, que había de pertenecer sin duda á una de las principales familias de la corte según la gracia aristocrática de su figura y la extraordinaria riqueza de su atavío. Mas le intrigaba el misterio de la bella desconocida, que no se había acercado á él con ninguna fórmula carnavalesca ni dirigía á nadie bromas ni frase alguna. Sólo de cuando en cuando clavaba en su acompañante la mirada de sus hermosos ojos negros.

Ninguna aventura podía complacer al caballero más que aquella, que tan poco se iba pareciendo á las que podía esperar en el baile. Picado en su curiosidad, decíale de vez en cuando quien creía él que podía ser y repasando en su memoria los nombres de todas las bellezas aristocráticas de la edad y el talle de su misteriosa compañera. Pero á todos cuantos títulos citaba de duquesitas y marquesitas que acudían á su recuerdo, iba ella respondiendo que no. Y

no con la palabra, sino con un movimiento de cabeza que empezaba á desconcertar al afortunado galán.

Por fin habló la máscara:

—¿Serías capaz de venir conmigo á donde yo te lleve?

Por fin había oído la voz de la elegante incógnita y, por fortuna, dirigióse á él con tal invitación que le hacía feliz.

—¿Cómo no he de acompañarte?—contestó—Yo iré contigo donde quieras.

—¿De verdad?

—De verdad.

Salieron al vestíbulo, y la máscara arrastró á su compañero hacia la calle.

—No tenemos coche—advirtió él.

—A mí no me importa—replicó ella—. Mañana sí que tendré yo uno de los coches más bonitos de Madrid.

El caballero había salido á cuerpo porque la máscara no le había dejado llegar al guardarrropa, y ella tampoco llevaba abigo alguno. Y como él la hiciese observar el frío que hacía, ella le contestó:

—Yo estoy más fría que la noche.

El caballero no quiso proseguir y conminó á la máscara, ya demasiado misteriosa, para que de una vez descubriese su nombre y calidad. Ella, sin embargo, no atendió á sus palabras y continuó arrastrándole á su lado.

Pasaron la calle del Arenal y desembocaron en la Puerta del Sol. Algunas máscaras se dirigían á otros bailes de inferior categoría y les rodeaban cantando y saltando. Ellos se abrían paso y los del corro se separaban para dejarles marchar.

—¿Que os divertais mucho!

—No lleveis tanta prisa, que para donde vais da lo mismo.

—Dejadlos, que van pensando en lo suyo.

—Vaya una pareja triste.

—No dirán que van de broma.

Y entre vayas á la pareja misteriosa y gritos y piroetas, torció la partida de máscaras alborotadoras hacia el Principal, mientras el intrigado galán y la dama negra de la rosa blanca seguían hacia donde ella sabía solamente.

Enfilaron la calle de Alcalá. A la puerta del teatro del Museo, que ocupaba el antiguo convento de las Vallecas, detúvose otro tropel de gente que entraba al baile. Un demonio le invitaba á pasar.

—¡Eh! ¿Adónde vais por ahí abajo? Ya no son horas de ir al Prado.

Otras máscaras le hicieron callar. La distinción de la negra tapada, y el porte de su amigo, les inspiraba cierto respeto. Una beata les gritó:

—¡Andad, andad, que mejor vais á estar que nosotros!

Y se metió en el teatro.

La pareja misteriosa seguía. Al pasar por delante de las Cañeras se oyó el toque de la campana conventual que llamaba para sus rezos á las comendadoras. Aquel tañido tenía algo de lúgubre, sonando en el ambiente de la alta noche, y el caballero sintió que el brazo de la desconocida apretaba convulsamente el suyo al oír las campanadas.

Era una de esas claras, frías y diáfanas noches del Febrero madrileño. El diplomático inquietábase cada vez más observando el camino que llevaban.

Pocas casas quedaban ya por aquel lado, aunque cierto que todas eran señoriales y cabía pensar que en alguna de ellas podía tener su

apartamento la tapada. Llegaban ya frente á la casa de los Heros y la hospedería de San Bruno. No era de sospechar que allí le condujese la dama del misterio. Luego la casa de los Alfileres, poco tiempo antes adquirida por Riera, y después la casa de Santamarca, la de Alcañices y el Prado. La cerca de Buenavista limitaba el extremo del camino que llevaban, y más allá el Pósito á un lado y la fronda del Retiro al otro. En el centro, á lo alto, la Puerta de Alcalá cerraba el cuadro, con la infinita elegancia de su traza.

Madrid se acababa. ¿A dónde irían? ¿Dónde estaba la casa de la dama, tan misteriosa como ella? ¿Tal se internarían á buscar algún palacio del barrio del Barquillo?

—¿Estamos lejos?—se atrevió por fin á interrogar él.

Y ella le contestó muy quedamente:

—No podemos estar más cerca.

Hallábanse en tal momento á la puerta de San

ba á través de un zaguán y de unas puertecillas hasta dar dentro del recinto sagrado.

La iglesia estaba colgada con paños negros, y en la parte central se alzaba un catafalco alumbrado por la tibia y vacilante luz de unos blandones.

—Esta mañana—dijo la joven misteriosa señalando al túbulo—me trajeron y me colocaron ahí. Mañana volverán otra vez y será preciso que me encuentren donde me dejaron.

Y dedicó al estupefacto galán una cumplida reverencia por su compañía, diciendo mientras se inclinaba graciosamente:

—Señor caballero...

Quitose el antifaz y dejó ver, ó más bien adivinar, un bellissimo rostro blanco, de blancura mortuoria. Los labios parecían en él como una gota de sangre que empezaba á secarse. Ella entonces le dió la rosa blanca que llevaba en la mano. Movieronse los largos paños que rodeaban el

alto catafalco; hubo un momento en que la luz muy escasa de los cirios pareció apagarse por completo, y la dama encantada, la muerta gentil, desapareció de ante la vista del caballero.

Febril y turbado, temiendo si acaso se había encontrado con una loca, apresurose el diplomático á buscar la salida de la iglesia. Anduvo al azar durante varias horas preocupado por su extraordinaria aventura, y cuando amanecía volvió sus pasos hacia el templo. Estaban tocando para la primera misa y entró.

Allí estaba el túbulo, y sobre él, sin género de duda, la inquietante y linda misteriosa que se le apareció en el palco de Salamanca. Con la claridad del día pudo reconocerla perfectamente. Era una linda condesita con la que él había bailado algunas veces en distintas casas. Estaba ciertamente muerta, y á su cabecera había una corona de rosas blancas. El caballero comparó con ellas la que llevaba en la mano y vió que eran iguales.

Preguntó al sacristán, quien le corroboró que era la tal damita la difunta.

—Y vea usted, señor—le dijo—, la llevan á enterrar con el mismo traje que se había hecho para ir á un baile, y no lo llegó á estrenar.

Siempre con la rosa blanca en la mano, salió del templo el diplomático, preso de una altísima fiebre. Tomó un coche, y en cuanto llegó á su casa, hizo avisar á un médico. Tres días de alarmante gravedad pasó el caballero, y cuando el doctor le encontró más sereno, refirióle el asunto. Precisamente aquel médico era el mismo que había asistido á la condesita en su postrer enfermedad, y cuya muerte había llegado por salir contra su consejo unos días antes á un baile, fiesta de la que era apasionadísimo. Baile en el que por cierto la última persona con quien había bailado era con el joven extranjero á quien se apareció luego en el Real.

El médico, hombre que no quería aceptar nada fuera de la realidad sensible, esforzábse para dar una explicación al extraño caso de la muerta que se fué á las máscaras. Habló de mixtificaciones, refirió cómo la condesita tenía una hermana muy parecida á ella, que estaba loca, y pudo haberse escapado de su casa la noche aquella con un traje como el de su hermana para urdir aquella macabra escena.

Sin embargo, ¿por qué no había de ser la muerta misma? ¿Qué sabemos nosotros del reino ignorado del misterio? Nada hay quizá más cierto que lo que no se ve. Nada más verdadero que lo que no se sabe.

DIBUJOS DE VARELA DE SELJAS

PEDRO DE RÉPIDE



EL DEPORTE ALPINISTA

La afición á realizar excursiones por las montañas es muy antigua, y sería difícil precisar cuándo y dónde comenzó á manifestarse; pero el alpinismo, nombre con que actualmente se denomina esa afición, por ser la amplia cordillera de los Alpes el lugar preferido por los numerosos partidarios de este deporte, data de época relativamente reciente. En el año 1741 dos turistas ingleses hicieron una amplia y minuciosa exploración por el pintoresco valle de Chamonix, hasta entonces poco conocido, y se asegura que la primera ascensión á la cumbre del famoso Mont Blanc fué hecha en 1786 por el guía Santiago Balmat. De estas excursiones por las montañas inexploradas, y de las que anteriormente realizaron otros deportistas, deriva el desarrollo de la afición, que fué extendiéndose por efecto de la propaganda hecha por los que, siguiendo las huellas de los primeros exploradores, llegaron por primera vez á las más elevadas cumbres de otras grandes montañas. Merecen citarse entre estos denodados alpinistas Fitz Gerald, que subió al pico del Aconcagua, el más alto de los Andes, cuya elevación es de 7.150 metros; M. E. Whimper, que subió al Chimborazo, que alcanza una altura de 6.350; al duque de los Abruzos, que escaló la cresta del Ruvenzori, distante del llano 5 044 metros; el doctor Workman, que, en compañía de su esposa, subió al Himalaya, llegando á 6.324 metros, y muchos más cuya enumeración se haría interminable.

El entusiasmo que despertaron estas arriesgadas excursiones dieron motivo á la creación de las primeras sociedades de alpinistas que generalizaron rápidamente la afición, haciendo de ella uno de los deportes preferidos por cuantos gustan de la contemplación de la naturaleza en sus más bellos y grandiosos aspectos. Como este gusto cuenta con numerosos partidarios, y de él participa el bello sexo en proporción no escasa, el número de las agrupaciones fué aumentando de día en día, y hoy existen tantas en Europa que no sería fácil tarea enumerarlas.

En España, donde los deportes al aire libre no han contado con entusiastas partidarios hasta hace poco tiempo, existen también actualmente varias sociedades de excursionistas que, si no acuden á los Alpes para satisfacer su deseo de subir á las cumbres por impedírsele la distancia, conságranse á la práctica de ese sano ejercicio en las arriesgadas cordilleras que se elevan del suelo patrio y desde cuyos picos, donde también la nieve nos brinda su belleza y sus encantos, contéplanse panoramas tan es-



Una peligrosa ascensión al pico real de las montañas de Engelhorn, cerca de Meringen

pléndidos y sugestivos que nada tienen que envidiar á los más pintorescos y famosos de la propia Suiza.

Ha sido creencia general en España, hasta que los hechos han demostrado lo contrario, que el alpinismo constituía un deporte fatigoso y no exento de riesgos, poco recomendable para la salud y de muy escasos atractivos.

Con relación á lo primero, bien elocuentemente ha demostrado la experiencia que, practicado con moderación, y siempre que á las grandes ascensiones preceda una preparación prudente y un gradual entrenamiento, no solamente fortalece el cuerpo, sino que contribuye eficazmente al desarrollo físico é intelectual de los que lo practican. En cuanto á las satisfacciones de índole moral que proporciona, basta decir para formar idea de ellas que el espectáculo que se ofrece á los ojos desde las cumbres de las grandes montañas no puede ser más grandioso ni sorprendente ni menos semejante á cuantos pueden contemplarse desde limitadas alturas aun en los lugares más pintorescos, pues apenas se traspasa la zona de la

vegetación penétrase en un reino desconocido en el que la roca y el hielo, imperando exclusivamente, forman los más rudos contrastes y ofrecen los más asombrosos aspectos. Del maravilloso espectáculo, que únicamente puede gozarse en las altas cumbres alpinas, no es fácil dar idea, pues supera en agreste belleza á cuanto puede concebir la imaginación más exaltada.

Aquellas inmensas rocas que describen los más caprichosos dibujos, que se elevan formando picos gigantescos entre simas profundas, y en las que la nieve forma espesas capas y aglomeraciones incomprensibles, no ofrecen en su grandioso conjunto la menor semejanza con el paisaje campesino por abrupto, feraz y hermoso que sea.

Esta afición á escalar los más arriescados montes ha ocasionado muchas víctimas, porque la ascensión á esas cordilleras, desde cuya altura se pueden contemplar los más espléndidos panoramas, ofrece serios peligros que los alpinistas afrontan intrépidamente, sugestionados por los encantos que á cada instante va ofreciéndoles el ascenso. Contra esos accidentes, que en muchas ocasiones han tenido funestas consecuencias, hanse ideado distintos medios defensivos. Se considera el más eficaz, aparte de la indumentaria y de los instrumentos auxiliares de que la prudencia aconseja proveerse para estas peligrosas ascensiones, constituir grupos de seis personas que á lo largo de una gruesa maroma átanse distanciadas cinco ó seis metros una de otra. De este modo, cuando uno de los alpinistas resbala ó cae, los demás pueden evitar que se desplome; pero ha ocurrido algunas veces que, lejos de impedir la catástrofe de este modo, se aumentó en proporciones, porque el que cayó violentamente arrastró consigo á los demás y todos perdieron la vida en el abismo.

La situación anormal creada por la contienda europea ha restado considerablemente adeptos al alpinismo. Todo el elemento europeo que acudía á los Alpes, y muy especialmente á Suiza, para consagrarse á tan sugestivo deporte, ingleses, franceses y alemanes en su mayoría, reclamados por la defensa de la patria, emplean sus actividades en este sagrado deber, y los elevados montes alpinos encuéntranse casi desiertos en su majestuosa grandeza, como en aquellos lejanos días en que eran muy contados los turistas intrépidos que se arriesgaban á escalar sus cumbres.

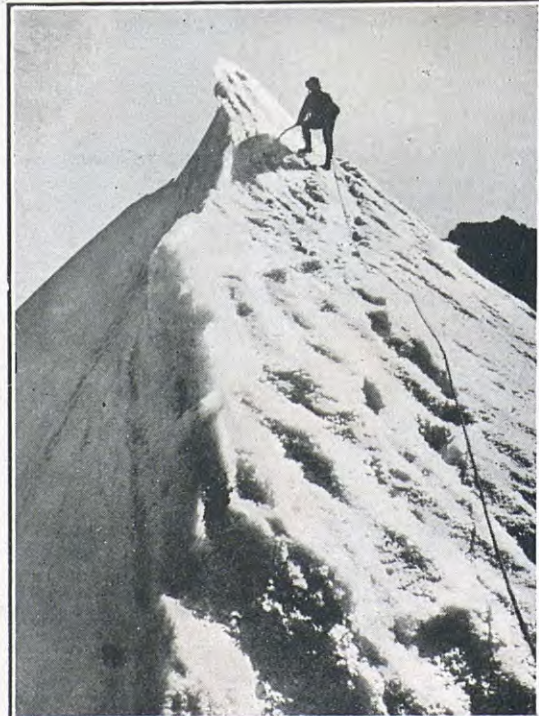
LUAN BALAGUER



Una bella perspectiva en la región de las nieves perpetuas



Alpinistas en un paso difícil de la montaña de Corwatsch



En la cima del monte Bellavista, en Bernina POTS. TRAMPUS

MOMENTOS HISTÓRICOS

LA RENDICIÓN DE GRANADA



El hermoso cuadro de Pradilla "La rendición de Granada"

«En la ciudad de Granada
grandes alaridos dan:
unos llaman á Mahoma
y otros á la Trinidad.
Por un cabo entran las armas
de otro sale el Alcorán...»
Romance viejo.

AQUEL notable poderío de la media luna, que durante tantos siglos fué plaga y quita sosiegos de los monarcas de Castilla, en el alborar del año de 1492 hubo de encontrar su crepúsculo, y ya jamás de allí adelante tornó á lucir con el empuje y esplendor que solía.

No hubo otro medio ante el tesón y bravura de las católicas huestes, que arrancar de las torres de la Alhambra la enseña de Mahoma para que en su lugar triunfase la del Crucificado.

Las altas cumbres de Sierra Nevada, que plateó la nieve, tornábanse de oro intenso el 2 de Enero de 1492, y ya los fertilísimos y rientes campos de la incomparable vega granadina, veíanse cuajados por lo más florido de las gentes de Castilla en el orden militar y alcornado. Todos iban vestidos de punta en blanco y según la diversidad y armonía de colores, no parecían sino gotas de agua enojecidas por los nacientes rayos de Febo, padre de la luz.

Ni un sólo peón faltaba á la gran parada en las huestes de Isabel y Fernando, que pesaba pena de muerte sobre el que faltara á filas.

Los mismos reyes vestían de gran ceremonia pues dejaron el luto que llevaban por la inesperada y sentida muerte de su yerno el infante Don Alfonso de Portugal, marido de la infanta Isabel, el cual acabó de mal fin á causa de caerse de un caballo.

De pronto el eco de tres cañonazos difunden por toda la vega y muere allí en los picos de las altas cresterías.

Es la señal concertada para que el ejército vencedor parta de los reales de la novísima ciudad de Santa Fe, á tomar por suya la magnífica perla del Islam que dicen Granada...

Delante de todos marcha el gran Cardenal de España D. Pedro González de Mendoza asistido por D. Gutiérrez de Cárdenas, comendador mayor del reino de León, y otros prelados, caballeros é hidalgos con 3.000 infantes y algunos escuadrones de caballería.

La numerosa hueste cruza el Genil, y con arre-

glo al ceremonial que de antemano hubo de acordarse sube por la cuesta que llaman de los Molinos hacia la explanada de Abahul, al tiempo que el vencido Boabdil sale á pie por la puerta de los Siete Suelos, seguido por 50 nobles de su casa y servidumbre y va á rendir pleitesía al sacerdote cristiano.

No permitió éste la humillación, que fuele al encuentro, y apeándose del caballo saludóle con mucho respeto y después de conversar con él por breve espacio diz que le dijo desta suerte:

«Id, hermano en buen hora y el Dios único sea servido de daros resignación y fortaleza en vuestro infortunio.»

A lo que parece que respondió el Príncipe musulmán, con muy triste y dolorido acento:

«Id vos también en buen hora, señor, y ocupad esos mis alcázares en nombre de los poderosos reyes vuestros amos, á quienes Alá, que todo lo puede, ha querido entregarlos por sus grandes merecimientos y por los pecados de los musulmanes.»

Y dicho esto montó á caballo y con mucha melancolía, despidióse de su Eminencia.

A la orilla del Genil, junto á una pequeña mezquita (que de aquí adelante fué consagrada al culto de San Sebastián), esperaba el Rey vencedor con toda su comitiva al Rey domeñado.

Antes de que éste pudiera apearse del caballo para le hacer pleitesía y vasallaje, apresurose D. Fernando á evitarlo, que no es de bien nacidos quitar la humillación de aquel á quien la veleidosa fortuna torna el envés.

Entonces Boabdil, con la pena en el alma y las lágrimas en los ojos acercóse y presentóle las llaves de la ciudad.

En balbuciente voz planía así más que hablaba:

«Rey poderoso y ensalzado, tuyos somos. Estas son, señor, las llaves deste paraíso; esta ciudad y reino te entregamos pues así Alá lo quiere y confiamos en que usarás de tu triunfo con generosidad y clemencia.»

Abrazóle el monarca cristiano y dióle consuelo con decirle que ganaría en su amistad lo que le había quitado la adversa suerte de las armas.

En esto el Rey Chico quitóse un valiosísimo anillo y ofreciéndoselo como presente al Conde de Tendilla le dijo:

«Con este sello se ha gobernado Granada. Tómale para que la gobiernes de nuevo y Alá quiera darte más ventura que á mí.» Y tras desto despidióse el infortunado príncipe.

En las inmediaciones de Armilla dió la triste comitiva con la Reina Católica, quien luego de recibir á Boabdil con toda benevolencia y exquisito afecto, volvióle un hijo que guardaba como paje y tenía en rehenes desde Octubre...

ooo

Desde una pequeña altura esperaba Isabel anhelante el ansiado momento de que la enseña cristiana triunfara en las torres de la Alhambra, y cada minuto que el fausto suceso se retardaba era para ella un siglo de impaciencia y de congoja.

Al cabo recreó la luz de sus ojos un grato resplandor más intenso para ella que los más candentes rayos solares. Era el brillo de la cruz de plata que Fernando trafa siempre delante de sí, incada en la torre que hoy dicen de la Vela. En seguida tremolaron juntos el estandarte de Castilla y el pendón de Santiago. Los reyes de armas gritaron:

«Granada, Granada por D. Fernando y Doña Isabel.»

La alegría y el entusiasmo difundieronse por todo el ejército cristiano y toda la vega era un inmenso vocerío.

La Reina postróse de rodillas mirando á la cruz, y al loco entusiasmo sucedió en un sólo instante sepulcral silencio; el clero entonó el *Te Deum laudamus*.

Alzáronse los reyes y dieron á besar las manos á los nobles y capitanes que ayudáronles en tan alta empresa y luego subieron á posesionarse de la Alhambra donde ya esperaban el Cardenal Mendoza, el Comendador Cárdenas y el alcaide Aben Comixa.

Pasó Fernando las llaves de la ciudad á manos de la soberana, quien entrególas al príncipe D. Juan que á su vez diólas al Cardenal y éste al gobernador Conde de Tendilla... Y toda la corte y las huestes cristianas entraron en la maravillosa dama del Darro, si no fueron los reyes, que no lo hicieron hasta el día 6 en que la Iglesia celebra la fiesta de la Epifanía.

DIEGO SAN JOSÉ



Dramático incidente durante uno de los últimos combates en Flandes. Muerto el conductor de un coche ambulancia, lleno de heridos, y desbocados los caballos, fueron a parar a una trinchera británica, en plena batalla

Dibujo J. Matania



"Mi tesoro", cuadro de Magni

LITERATURA INFANTIL

EL recuerdo tiene sus obligaciones á plazo fijo. En los pasados días, cuando el mundo cristiano celebró una fiesta de fraternidad mientras los hombres se acometían como fieras hambrientas, todos tuvimos un instante sentimental y pensamos en los niños. Los pobres niños abandonados, los que no nacieron en doradas cunas ni sobre finas holandas, fueron objeto de nuestra piedad. Para muchos llegaron también los Reyes Magos en su largo viaje sobre el suelo nevado, bajo un cielo intensamente azul, tachonado de estrellas. Y tuvieron juguetes...

Mejor fuera que todos los días acercásemos nuestro corazón á los niños, sin reparar en su condición, llevándoles con el pan para el cuerpo un poco de alimento espiritual. Así haríamos una obra de redención y acaso borraríamos de muchas frentes un pensamiento rencoroso y en muchos labios que pronuncian balbucientes una maldición, un anatema, brotarían palabras de cariño y de fraternidad. Cristo dijo: *Dejad que los niños se acerquen á mí*. Pero, ¡ya, ya! Los hombres, egoístas, pasamos junto á ellos con un gesto de indiferencia ó les miramos con cara de pocos amigos. Y, es claro, los niños no se acercan.

La infancia es feliz en la cuna ó en el regazo de las madres. Entonces las frentes infantiles tienen el misterio de lo ignoto y las miradas reflejan sensaciones desconocidas. Es lo más bello de la vida, lo que inspiró á Murillo y á Rubens las sagradas pinturas de la maternidad.

Después, la calle, la escuela y el taller brindan

á los niños frío, abandono, castigo y algunas veces crueldad.

Nada sustituye á las madres, á sus cuidados, á sus caricias, al suave encanto de sus manos, de sus ojos y de su boca. Nosotros, los hombres, que aspiramos á dirigirlo todo, no reparamos en los niños, como no reparamos en los pájaros, ni en las flores. ¡Es una cosa tan cursi!

En cambio, ponemos la atención y perdemos el tiempo cuidando de un perro ó de un caballo.

Por no tener, ni tenemos una literatura infantil. Nos hemos quedado en Anderssen y en Perrault y no salimos de las aventuras de Caperucita.

Es decir, como salir si hemos hecho alguna salida y por eso han podido ser populares cuentos de una estúpida ingenuidad. Ahí están, para demostrarlo, *El pastor de las siete liebres*, *La rana sabia* y otras cosas absurdas que ni enseñan, ni distraen, ni deleitan.

Menos mal, cuando los cuentos diminutos hablan de la leyenda de Blanca Nieves, de la princesa de los cabellos de oro, de las riquezas de los gnomos y de la bondad de las hadas del bosque.

Entonces, las imaginaciones infantiles, avivadas con la lectura sueñan con un mundo de maravilla, que es el mejor de todos los mundos. Lo peor es que se escriben para los niños cuentos de brujas, trasgos, endemoniados y almas en pena, entes y cosas que les pone miedo en el ánimo, les eriza el cabello y les hace llorar á obscuras y meter la cabeza bajo las sábanas.

Por eso merecen protección los libros y revistas infantiles, que distraen con leyendas encantadoras y problemas ingenuos que vayan dejando lentamente en el corazón de los niños un poco de sabiduría y un poco de bondad.

Pasando sobre los viajes de Gulliver, uno de los eternos amigos de la infancia, el maestro Galdós compuso hace algunos años un libro para los niños, con escenas y sucesos de la primera serie de los *Episodios Nacionales*. Nos parece que D. Benito perdió el tiempo, porque á la evocación de nuestra epopeya nacional, á las aventuras de Inés y al ejemplo de constancia y de patriotismo de Gabriel Araceli, les ha ganado por la mano el brujo que metía en el saco á las tres hermanas. Benavente inició un teatro infantil con *El Príncipe que todo lo aprendió en los libros*.

Pues también perdió el tiempo, porque las idealidades del Príncipe Azul y las sutilezas de Tonino, el bufón, fueron vencidas por las simplicidades del soldado que estuvo siete años sin cortarse las uñas y se cubría la roña con una piel de oso.

¡No hemos de pasar indiferentes ante los niños abandonados! Si no sabemos guiar sus inteligencias y modelar sus almas, menos hemos de abrirles nuestro corazón. Con acordarnos de ellos en Navidad, á plazo fijo, nos damos por contentos.

Si los niños ya pensarán cuando están en la cuna ó en el regazo de las madres, llorarán con la idea de tener que abandonarlos algún día...

José MONTERO

LO QUE VIÓ LA REINA DE FRANCIA

Fué en aquella época docta y galante, enciclopedista y supersticiosa en el último tercio del siglo XVIII, cuando llegó a París el médico austriaco Antonio Mesmer.

A pesar de los fuertes y luminosos sarcasmos de Voltaire contra las prácticas supersticiosas, el pueblo amaba lo maravilloso, creía en vuelos de brujas sabáticas, en la ciencia misteriosa de los saludadores y en el poder de mal de ojo de los hechiceros. La Academia francesa era racionalista y atea, y mientras preparaba la formidable revolución ideológica, la muchedumbre acudía a la tumba del Diácono de París, muerto en olor de santidad, tomaba tierra de la fosa, la mezclaba con vino y se la bebía, bebedizo que tenía el poder de arrojar a los demonios del cuerpo.

A pesar del helenismo de país de abanico que triunfaba en los jardines de Versalles, todo el pueblo vivía espiritualmente en plena taumaturgia. Los clérigos no daban paz al hisopo y al exorcismo. Los embrujamientos de Carlos II de España habían pasado los Pirineos. Se encendían hogueras para las sortilegas, porque el Parlamento de París también gustaba de los torreznos de bruja, como nuestra Santa Inquisición.

En este estado de cosas llegó Antonio Mesmer a París con su nueva teoría del magnetismo animal. En realidad, Mesmer no aportaba nada nuevo. Agustín Paracelso, en el siglo XV, opinaba también que la fuerza de la vida proviene de los astros, y que existe una corriente flúidica entre las estrellas y los hombres. Creía en la eficacia de los talismanes y de los ungüentos magnéticos. Como se ve, esta teoría de relaciones interplanetarias no es más que una consecuencia de la astrología inventada por los caldeos, mística corriente que duró toda la edad media y hasta fines del siglo XVII en que algunos príncipes tenían astrólogos de cámara para que descifrasen su horóscopo y las influencias que tenían que temer de los cuartos de la Luna y del anillo de Saturno.

Mesmer fué un nuevo apóstol del flúido magnético que enlaza a los hombres con los astros. El se creía dotado de ese flúido imponderable y por su influjo curaba todas las enfermedades. Muy pronto consiguió hacer una gran fortuna. Todas las damas que componían pastorelas galantes en el Triángulo acudieron a la *cubeta de Mesmer*. Abates madrigalistas y caballeros almidonados de peluquín y de casaca se sintieron enfermos y fueron a la casa del médico brujo, a pesar de los informes contrarios a las prácticas magnéticas firmados por la Academia de Ciencias y por la Facultad de Medicina, que aseguraban que Mesmer era un loco o un embaucador.

ooo

Al atardecer de un día de Otoño una dorada carroza se detuvo a la puerta del médico misterioso. Una bellísima damita, seguida de otra dama y de un caballero se apearon de la carroza. Era la Venus austriaca, la reina María Antonieta de Francia.

En un gran salón esperaba la flor de la femineña nobleza. La casa de Mesmer era otra fiesta en aquella época de fiestas, un entretenimiento exquisitamente misterioso y escalofriante. El calorífico de lo supersticioso era una voluptuosidad para las gentiles figulinas de cabellera empolvada. Se entregaban al misterio como a un amante inefable que sabía hacer vibrar las cuerdas de su histerismo elegante y decadente.

La imprevista llegada de la reina dió una gran solemnidad a aquella tarde taumatúrgica. Hubo un amable crujir de sedas como en un ceremonioso paso de pavana; las risas desgranaron sus escalas de oro como en los simulacros mitológicos de los jardines versallescos. Una fugaz risa pagana volaba en aquella litúrgica capilla de la Magia donde todo era tenebrosamente teatral.

Mesmer besó la punta de los dedos de la divina y trágica reina de Francia.

María Antonieta presentó a Mesmer a sus acompañantes.

—La duquesa de Grammont. El señor conde Cagliostro—y agregó hablando con el caballero pálido y moreno con los ojos como dos llamas

de alucinación—. Vos seréis siempre Cagliostro, aunque en esta encarnación no lleveis este nombre. Vuestro antiguo nombre va muy bien en estos momentos—agregó con una sonrisa que en vano quería ser volteriana.

Mesmer contempló al mago Cagliostro, que se acordaba de tantas existencias anteriores. Sin embargo, no le causó asombro aquel extraño personaje, porque en aquel tiempo era de mal tono asombrarse de nada.

María Antonieta mostraba impaciencia por conocer el misterio de la cubeta de Mesmer. Se hizo un hondo silencio en el que todos sintieron una vaga inquietud; zumbaba el viento en las vidrieras como el aleteo de un pájaro de agorera.

Antonio Mesmer se sentó al clavicordio, porque la música atrae a los buenos espíritus del



MARÍA ANTONIETA
(De una estampa antigua)

espacio. Las resonancias hondas y litúrgicas esparcían una solemnidad religiosa en el ambiente. La cubeta estaba colocada en el centro del salón. Era una cubeta de madera negra, de gran tamaño. En el interior, a manera de radios convergentes, había muchas botellas de agua magnetizada por Mesmer en varias filas unas sobre otras. La cubeta estaba llena de agua de color glauco, preparada con unas limaduras de hierro, vidrio machacado, escorias de hulla y arena.

De la cubeta partían muchas varillas de metal, a cuyo remate había una cuerda que rodeaba la cubeta. Sobre la maroma extendían las manos los enfermos y los practicantes del ocultismo, poniendo en contacto los pulgares con las piernas y los pies unidos, formando la cadena magnética.

Al cabo de unos minutos Mesmer encargó a otro músico—un viejo organista de convento—que continuara el concierto, y él se acercó al grupo de los enfermos con una varita mágica en la mano. Era una varita imantada, de vidrio, que es el mejor conductor del flúido.

Apenas el médico brujo tocó la cubeta con la varita mágica, comenzaron las convulsiones. Cuatro madamas cayeron en una encantadora crisis, con los ojos en éxtasis, desgranando la locura de su risa perlada.

Cuando las contorsiones y los espasmos se acentuaban, y los lazos y las sedas caían, dejando ver zonas de deliciosa carnación, Mesmer atraía a las poseídas hacia el *Infierno de las convulsiones* por la virtud de sus pases magnéticos. Era este *Infierno* un gabinete guateado de raso negro para amortiguar el choque de los cuerpos convulsionados por los retorcimientos histéricos.

En aquel cuarto sólo penetraba Mesmer, que seguía las crisis con toques de la varita y envolviendo a las enfermas con el flúido de sus ojos de fascinación. Las señoras llamaban a aquel lugar, no se sabe por qué íntimos y misteriosos motivos, *La delicia de las damas*.

Cuando al cabo de un rato volvió Mesmer del delicioso *Infierno de las convulsiones*, había una gran excitación entre los que circundaban la misteriosa cubeta.

María Antonieta estaba pálida como los mármoles paganos de sus jardines reales. Exhalaba sollozos entrecortados y tenía los ojos espantados y fijos en el agua glauca que llenaba la cubeta. Sus manos engarfiadas se tendían hacia adelante.

—¿Qué veis, señora?—preguntó Mesmer triamente.

La reina respondió con una voz de suspiro que parecía un eco muy lejano:

—¡Del agua turbia surgen muchas caras que me amenazan! ¡Son mendigos, ladrones, y llevan picas en las manos! ¡Ahora los veo mejor! ¡Hay muchos, muchos; está llena la calle de gentes patibularias que se dirigen a Versalles!

—¡Seguid, Majestad!

—¡Una plaza muy grande! ¡El cielo está gris y torvo! ¡En una carreta van muchas mujeres casi desnudas con las manos atadas a la espalda! ¡Qué horror, Dios mío! ¿Qué hacen con la duquesa de Grammont? ¡Va llorando en esa trágica carreta!

La duquesa de Grammont era una dama racionalista y volteriana que no creía en alucinaciones.

—¿Decís, señora, que me llevan en una carreta? ¿Y con el pelo suelto? Rogad a esos sayones que me permitan aguardar a mi peluquero para que me empolve la cabellera.

La amable fanfarronería cayó en un silencio glacial.

—¡Vuestro peluquero será esta vez el verdugo, duquesa de Grammont!—sollozó María Antonieta.

Sobre el rostro pálido de la reina el mago Cagliostro clavaba sus pupilas de fascinación.

—¡La duquesa de Montmorency! ¡El señor Condorcet está muerto en una calle solitaria! Una muchedumbre feroz se apiña en la plaza. ¡Caen cabezas ensangrentadas, muchas cabezas espantables, con los ojos abiertos, que pronuncian palabras enigmáticas al caer en el lúgubre cestillo! La muchedumbre, ebria de sangre, corre a las Tullerías... ¡Cuántos rostros conocidos: la flor de la nobleza francesa; todos los que ayer estaban en los salones de baile!

Estaba rígida y helada; parecía una Venus de mármol la rubia Venus austriaca. Súbitamente lanzó un alarido.

—¡El rey! También el rey! ¡Su cabeza rueda rebotando sobre el tablado! ¿Qué es esto? ¡Me veo yo misma! ¡Parece que voy flotando en un mar de sangre! ¡Veo mi garganta con una línea roja como una cinta de carmín! ¡Jesús! ¡Jesús!

Y la reina de Francia cayó en una espantosa convulsión epiléptica.

—¿Qué habrá visto la señora?—exclamó la de Grammont. ¿De qué cinta roja hablaba?

Cagliostro sonreía enigmático.

—Ya lo habeis oído. Una preciosa corbata color de sangre que se ceñía a su cuello de diosa. La cubeta de Mesmer ha sido galante con la reina de Francia.

Aquel misterioso Cagliostro que se acordaba de las vidas anteriores y que sabía leer el futuro, quizás vió que la cinta roja que adornaba la garganta de la reina, era la corbata trágica y sangrienta de Maese Guillotin.

Era una galantería retórica del gusto de la época.

EMILIO CARRÉRE

LOS GIGANTES DEL MAR

LA ESCUADRA ALEMANA EN LA GUERRA



Departamento de calderas de un acorazado alemán, que va marchando á toda máquina DIBUJO DE F. SCHWORMSTADT

PRECISAN los pueblos guardar incólumes sus barcos de guerra, para que pesen como fuerza remanente en el momento, aún lejano, de la liquidación de la contienda. Cuando los ejércitos terrestres queden maltrechos y exhaustos de hombres; cuando en vencedores y en vencidos, la dura inclemencia de los diversos agentes atmosféricos y el recio batallar continuado, resten brillo á los mortíferos aceros y deslustren arneses y pavones, en las ensenadas marciales y en las protegidas radas, aparecerá vibrante y retadora la potencia guerrera de esos enormes cetáceos de gruesa caparazón de acero, verdaderas fortificaciones ambulantes, reductos postreros de las naciones en lucha.

Esperaban desde los comienzos de la pelea los estrategas improvisados choques bélicos en los océanos, batallas navales en que se hundiesen en los abismos innúmeros acorazados y cruceros, luchas en plena mar como en Lepanto y Trafalgar, y sin embargo sus vaticinios demolidores, su sed de aventuras emocionantes quedó reducida á escaramuzas entre escuadrillas débiles que se alejaron de su base naval de operaciones, á encuentros parciales, á choques con traidoras minas ó á ligeros raids ofensivos ó protectores.

Las escuadras guardan su actividad y su celo, reservan su poderío indomable y sólo se aventuran á la liza los submarinos fantasmas que avizoran el cebo enemigo para hacerle sentir el dominio de su fuerza disolvente.

Desde que Germania con tenacidad férrea aprobó en 1900 su gran ley naval de automático efecto, que sin necesidad de nuevas discusiones parciales reforzaría progresiva y considerablemente su flota guerrera, su rival Albión desarrolló en aterradora progresión el armamento de

sus cuantiosos buques. Los dos colosos del mar se atalayan desde sus cercanos reductos navales y ni la poderosa y temida *Home fleet*, que gobierna desde el superdreadnought *Iron Duke* el almirante inglés Jellicoe, se lanza á bordear las costas germanas, ni los potentes acorazados alemanes que con calderas encendidas se guarecen en el militar canal de Kiel, dejan su escondrijo para buscar epopeyas gloriosas en el litoral del archipiélago británico.

Es mucho más complejo el papel de la flota alemana que el de la anglo-francesa; ésta domina sin contraste los mares, y aquella avizora desde Wilhelmshaven los movimientos de su rival. Gracias al canal de Kiel, Alemania puede transportar velozmente sus fuerzas navales desde el mar del Norte al mar Báltico, según convenga al desarrollo de los planes estratégicos á realizar.

Alemania domina en aguas del Báltico á las escuadras moscovitas; pero, á su vez es dominada en el mar del Norte por los buques prepotentes de la *Home fleet*, y aquí, en aguas de Bretaña, está para la flota germana el decisivo papel.

Docenas de esas inconmensurables concentraciones de energía ofensiva que constituyen el acorazado moderno se amenazan desde su albergue fortificado, y si llegase, lo que no es de creer, el choque de sus elementos, registraría la Historia de la humanidad en aquella fecha, la más espantosa de sus marciales tragedias.

El dominio del mar ha permitido á los anglo-franceses transportar fuerzas de uno á otro teatro de operaciones, convoyándolas con la centinela avizorante de sus poderosos navíos; mas no es ese dominio tan absoluto que permita á las escuadras aliadas mantener el anunciado blo-

queo, ni siquiera que tolere la libertad de navegación, ni la seguridad en las transacciones comerciales.

El submarino germano con su audacia arriesgada y su decisión fantasmagórica ha hecho inefectivo el bloqueo y ha puesto trabas sin cuento á la navegación de los buques mercantes de las naciones enemigas, que temen en todo momento hallar en su ruta la molesta sorpresa del tenaz sumergible alemán.

Marinos ilustres, y entre ellos el francés Laubeuf, siguiendo las predicciones sabias de Sir Percy Scoth, mantienen que desde la aparición del sumergible moderno, el dominio de los mares reducidos, y en particular de los mares de Europa, no pertenece ya á los acorazados.

El submarino está llamado á disminuir la importancia bélica de los acorazados, que desde la creación del dreadnought con toda su artillería de un único gran calibre habían llegado á reducir en un cincuenta por ciento su valor militar, porque sólo podían presentar en combate cuatro grandes cañones contra los diez que montaba el nuevo tipo. Por ello la escuadra de reserva alemana, que actúa en el Báltico, significa muy poco con relación á la moderna escuadra que tiene por base naval Wilhelmshaven, donde resguardada de las agresiones de su poderosa rival almacena energías para utilizarlas en la hora decisiva de la liquidación de cuentas, cuando el cañón, el fusil y la bayoneta hayan dicho sobre la tierra ensangrentada la última y rotunda palabra de esta lucha cruenta y tenaz.

El poder naval de vencedores y vencidos será sostén de victoriosos afanes, sí, pero también freno de ilimitadas ambiciones.

LOS REYES PASAN



A MANECE el día de hoy alegre y atractivo como una sonrisa. Los niños ansiaron el momento de despertar con las vehemencias de los afanes de los pocos años. Hablaron mucho de este momento. Apenas extinguido el rumor de los villancicos, cuando no quedó en el aire eco ninguno de sonajas, ni ronco sonido de zambombas se empezó a pensar en los Reyes Magos. Ya habían emprendido los monarcas orientales su viaje anual a lo largo de los caminos petrificados por el hielo. En las imaginaciones niñas las quiméricas figuras toman cuerpo de doradas realidades y la fantasía los viste de oro y brocado y los corona con diademas que refulgen como soles de pedrería y en el séquito, un séquito numeroso y pintoresco, abundan los esclavos negros y los camellos que transportan en sus jorobas todo un caudal de ilusiones.

Agrupados alrededor de la chimenea al amparo cariñoso de la madre oyen la vieja relación de los reyes generosos. Todos los chicos están como sugestionados. Mudos, anhelosos, impacientes siguen la narración con un extraordinario interés que absorbe por entero sus sentidos. Saltan las llamas sobre los troncos la danza del fuego, silba el aire como un quejido; una ráfaga golpea los cristales, como si fuese algún alma en pena que pidiera perdón de sus yerros pasados y asilo y defensa contra peligros inminentes; cae la lluvia monorítmica, penosa, cansadamente, sobre las sucias losas de la calle; exhala algún relámpago su siniestro resplandor de azufre como una herida de luz en bóveda sombría y la atención de los pequeños no se turba ni su espíritu se empavorece por el terrible espectáculo de la tormenta.

Atienden a las palabras de la madre que son como un hilo de oro donde van engarzándose las ilusiones niñas como un collar de ensueño. Conquistados por la magia del relato atraviesan los campos hostiles, desiertos y solitarios bajo el invierno inclemente. Se figuran a la caravana multicolor andando sin tregua hacia ellos. Y ven las caras paternas de Gaspar y Melchor y sienten la inquietud del miedo frente al gesto duro del negro Baltasar cuyos ojos nerviosos brillan en la obscuridad de sus mejillas con el mismo fulgor fosforescente que el de los gatos en medio de la noche.

Piensen que la nieve tendió alfombras mullidas y blancas para recoger las huellas de los viajeros augustos y que los árboles pelados y llorosos como

espíritus de condenados, sujetos al suelo en el martirio cruel que describió Dante, pusieron también para regocijo de los viajeros, sus ramas retorcidas y levantadas hacia lo alto en un perpetuo clamor de piedad, el adorno de las aguas heladas que al desmayado beso de la

luz vespertina parecían caprichos de cristal.

Y así en este afán que no se termina, van pasando los días y acercándose el soñado de la llegada. La víspera es de sobresalto y de locas impacencias. Las manecitas tiernas que aún no aprendieron a llevar ágilmente la pluma sobre el papel, agarrotan sus dedos sujetando el redondo palillo y bajo los rizos blondos nace la petición ingenua con el mismo comienzo acariciador: «Queridos Reyes Magos...»

Otra vez quisiera escuchar la descripción de los monarcas orientales y ponderar sus reales munificencias; pero las horas rodando en la esfera aceleran la visita silenciosa del sueño.

Es la última mirada para el balcón donde los pequeños zapatos aguardan la ofrenda real y cuando las atormentadas cabecitas reposan dormidas sobre la blandura de las almohadas los ojos del espíritu se abren allá en las honduras de la imaginación y frente a ellas pasa la comitiva mágica estelando resplandores y siguiendo incansables la brillante estrella que va dejando en la altura de los cielos un camino de felicidad.

Y pasan los reyes, para volver al año siguiente y a una aspiración otra mayor. Y seguimos queriendo y deseando, que en la vida nuestra va eternamente la estrella simbólica sirviéndonos de guía; siempre llevamos un deseo delante de nosotros, una ilusión que nos llama al nacimiento. Y ¡ay de los que los miran pasar indiferentes y no vuelven a encontrarlos en el penoso andar de la existencia!

DIBUJO DE GALVÁN

ROGELIO PÉREZ OLIVARES



HOMO HOMINIS CANIS

MIRA, hemos venido á nudo tal de cosas que más se muestra el carácter en rehusarse que en darse á la acción y más se conoce la entereza en negarse que no en ofrecerse. Y así acaece que para estar con los buenos y servirlos es lo mejor estarse solo y aislado. Y el no hacer es muchas veces, no le des vueltas, hacer lo más que puede hacerse. Tal vez de una suprema y extrema huelga moral nos venga el remedio.»

Yo no te digo que eso no sea así; pero me agobia el sólo pensar que hayamos venido á parar á ello. Y quiero hablarte una vez más—una vez más ¿lo oyes?—y no será la última, de uno de mis argumentos favoritos, cual es el de la soledad. Pero el de la soledad eficiente y operativa.

No, ese de quien me dices no es, ni con mucho, un dechado de solitarios. No quiere estar solo ni cree estarlo. ¿Lo está realmente? No, sino acompañado, pero de un pelotón de fantasmas, de sombras de hombres que le miran á él su caudillo y guía, en vez de mirarse á sí mismos.

Ya sabes lo del Hijo del Hombre. Cuando para apacentar al pueblo multiplicó los panes y los peces las turbas quisieron arrebatárle y hacerle rey (Juan, vi, 15) porque rey para las turbas y los vulgos todos, altos y bajos, no es sino el que multiplica panes y peces y da puestos y destinos y jefaturas; pero Jesús se retiró entonces al monte, sólo y señero. Y sólo subió al Calvario y sólo murió en él. Y por esa soledad nos acompaña.

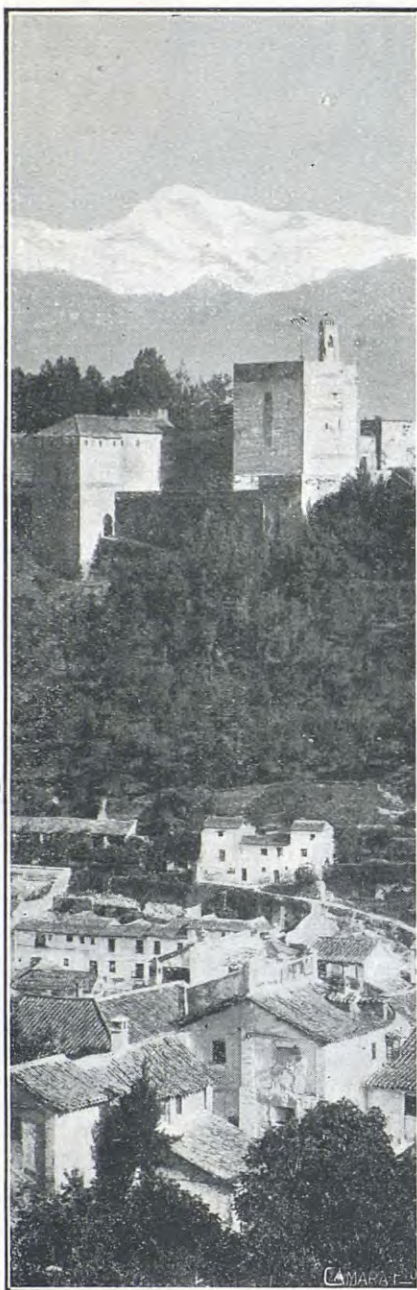
Tú conoces el valor y la fuerza de la palabra portuguesa *saudade*, que no es otra cosa que soledad. Y es á la vez el anhelo, la ansió. En asturiano hay una equivalente: *señaldá*—esto es, *singularitate*, como si en castellano dijésemos señeridad—que es también la morriña, el sentimiento de algo que á uno le falta. Y que no es, dígame lo que se quiera, la compañía. No es con la compañía de otros como nosotros que se llena esa soledad. El catalán, en cambio, *anyorar*, que primitivamente parece valer por *ad-ignorare* es no precisamente ignorar algo cuanto echarlo de menos. Ignorarlo, sí, pero como quien desea conocer, es decir poseer, aquello que ignora. Así muchos hombres añoran el cielo en la soledad de la tierra. Y el cielo ese que añoran está dentro de ellos.

Singular, solitario denominaron los franceses al jabalí: *sanglier*. Y él defiende, cuando le llega el trance, su soledad á colmilladas. Sabe que en el monte, en la espesura de los brezales y las helgueras, es algo noble y digno.

Y bien, ¿vamos á poder convivir estando solos? Sí, podemos y debemos convivir así y hasta conchabarnos para una obra común. Podemos anudar nuestras sendas soledades. Mirarnos primero á los ojos, pero para verse cada cual á sí mismo en los del prójimo, luego á las manos y poner después éstas á la obra común. ¿No sabes acaso lo que es un monasterio? Un monasterio es un lugar en que se reúnen á vivir juntos y en común algunos solitarios; es una especie de colmena de ermitaños. Y yo te digo que un monasterio de no más que una docena de solitarios, cuando éstos lo son de veras y además sienten lo que les hermana en la comunión de su soledad, acaba siempre por adueñarse del gran rebaño de los hombres de turba, de los que buscan el que se les medre el pan y el peje.

¡Gott mit uns! ¡Dios con nosotros! Dicen y repiten ahora, en la hora del peligro y la congoja, los alemanes. Lo que no sé que digan es: ¡Wir mit Gott! ¡Nosotros con Dios! Nuestro Fray Juan de los Angeles, más individualista al parecer—y no más que al parecer—dijo: «yo para Dios y Dios para mí y no más mundo», pero es que en el Dios de nuestro místico franciscano extremeño estaban sus criaturas todas espirituales y hasta la naturaleza en lo que de eterno y espiritual tiene. Dios era para él el infinito, eterno y luminoso monasterio último. No excluía á sus prójimos nuestro Fray Juan con aquel: «¡y no más mundo!», antes bien los incluía y apretaba á sí más estrechamente.

Es muy de temer que un grupo de hombres lleve á hacer su caudillo. Es que quieren re-



La Campana de la Vela

¿Qué dice tu voz, campana de la Torre de la Vela cuando al reir la mañana tu sonido al cielo vuela?

De tus cuitas dolorosas comprendo el sentido triste. ¡Viste nacer tantas cosas que morir más tarde viste!

Yo tiemblo, campana mía, cada vez que te diviso. Tú lloraste en la agonía de una mujer que me quiso.

En mi corazón tu eco finge un rezo funerario como el del áura en el hueco de algún ciprés centenario.

Tan solo quedé en la tierra como tú, campana hermana, y aún más que tu voz me aterra la voz del mundo, campana.

No temas que de ti huya, que aún en mi duelo me alegras. Tu voz me trae la voz suya en estas horas tan negras.

Tú mal no tiene remedio, vivir sola es tu destino; tu tedio igual que mi tedio, ¡tu sino igual que mi sino!

Miguel DE CASTRO

ducirte á servidumbre. Lo de *servus servorum Dei* aplicado al supremo jerarca de la cristiandad católica no está mal. En rigor nadie manda menos que el que ocupa el puesto de mando. Y los hombres no quieren que se les mande, aunque parezca lo contrario.

Enseñaba Tucídides que no sometieron los más fuertes á los más débiles, sino que éstos se sometieron á aquéllos. Lo que vale decir que no es que el hombre prepotente, con instinto de dominación, busque á quien domar y servirse de él como de siervo, sino que el hombre abatido, con alma de esclavo, busca un amo á quien servir. Y la tiranía y con ella la servidumbre nació del instinto de abyección y no del de dominio. Fué el esclavo el que hizo al amo. Que si Maquiavelo dijo que el que engaña encontrará siempre quien se deje engañar hay un viejo proverbio de que el mundo quiere ser engañado—*mundus vult decipi*—y no es por tanto que el engañador encuentre quien se deje engañar sino que el que quiere ser engañado encontrará siempre quien le engañe. Y al parigual los que quieren ser sometidos y domeñados y esclavizados acaban por encontrar quien los someta, domeñe y esclavice. Aquí lo de ¡vivan las cadenas! *Homo homini lupus*, el hombre es un lobo para el hombre, dijo Hobbes, pero podría muy bien cambiarse el aforismo y decir: *Homo hominis canis*, el hombre es un perro del hombre. Y hay más hombres caninos ó perrunos que no lupinos ó lobunos.

¿Y ello por qué? Por holgazanería. Viene muy ancho eso de sacudirse la responsabilidad de tener que dirigirse y guiarse uno por sí mismo. La obediencia suele ser una forma, la más refinada acaso de haraganería. Para hacer uno lo que le mandan no necesita quebrarse demasiado la cabeza. La moral de esclavos, que decía el otro, no es sino moral de haraganes. Un hombre libre se rinde y arregla más en un día de verdadero trabajo que no un siervo en toda una semana de labor. No parece que le fatiga mucho su tarea al caballo de noria.

Todos esos, pues, que te piden que les dirijas y acaudilles no son más que unos haraganes incapaces de dirigirse y gobernarse por sí mismos. Y tú lo que debes hacer no es trabajar para ellos sino azuzarles y hostigarles para que trabajen por sí y para sí mismos. Y por eso te digo que es una muestra de carácter y á la vez de respeto al prójimo el rehusarse á sus llamadas al caudillaje. Nada de sacarles tú las castañas del fuego; que se las saquen ellos.

De ese modo podrás llegar á ser director de almas que es algo más que ser caudillo de hombres. Que viéndote ir por tu camino aprendan ellos á ir por el suyo, y no que tú les vayas á llevar del ronzal ó á servirles siquiera de lazariño. Si son ciegos que se pongan á la vera del sendero á mirar con furia, á escudriñar las tinieblas, y acabarán por ver, y sino que avancen á gatas y á tientes pero que te dejen á ti. Porque tu oficio no debe ser lazariñar á los ciegos sino abrirles los ojos á la luz y á la sombra. Porque quien no ve la sombra tampoco ve la luz. Y quien no duda no cree.

Aquí, en nuestra patria, la roña apesetosa de la haraganería espiritual, que nos carcome el meollo del corazón, nos lleva al espíritu de servidumbre y por no gobernarnos dejamos que nos des gobiernen y todo se vuelve decir que nos hace falta un hombre que es decir que nos hace falta un amo que como á perros nos diga adónde hemos de ir y nos dé el hueso que mondar. Pero tú no vayas á ser ese hombre que dicen que les hace falta los que no se sienten hombres. Que se las compongan como puedan, harto haces con dar el ejemplo de componértelas por ti mismo. Que aprendan á ser ellos.

Si quieres, pues, servir á tus compatriotas rehústate á acaudillarlos en nada que sea. Es tanta de tu lado á los perros. No aceptes vasallaje de ninguna laya que se te brinde. Que aprendan de ti, libre, á ser libres. Y luego haréis un concordado monasterio de solitarios, en que todos sean priores.

MIGUEL DE UNAMUNO

DEL MUNDO FEMENINO

FIGURAS CONTEMPORÁNEAS



Doña María Espinosa y Díaz, distinguida y cultísima dama a quien S. M. el Rey se ha dignado conceder la Cruz de la Orden Civil de Alfonso XII, a petición de varios Centros docentes y previo informe, por unanimidad, del Consejo Superior de Instrucción Pública



La señora Howard Gould, cuyo divorcio con el célebre millonario del mismo apellido fué comentadísimo en Nueva York, acompañada de su hermana la señora Wong Sun Yue, que contrajo matrimonio con un chino y ha introducido en Oriente el sistema pedagógico Montessori

La visita de la señora Pankhurst á las fábricas de municiones señaló algo más representativo de lo que, á primera vista, pudo parecer. Era casi un hecho simbólico. No están muy lejanas las fechorías, las audaces extravagancias de las sufragistas inglesas y norteamericanas para que signifique cierta transcendencia el cambio de conducta de la heroína de las reldías feministas.

La señora Pankhurst ha hecho un alto en sus enfurecidas campañas por conseguir el voto femenino. Ante las convulsiones mundiales, frente á la situación crítica porque atraviesa su patria, la señora Pankhurst ha considerado, muy acertadamente, que cuando los hombres guerrean de verdad no eran oportunos sus juegos bélicos; y que sus mítines propagandistas de una mal entendida liberación de la mujer, serían improcedentes al coincidir con las arengas de reclutamiento voluntario de Trafalgar Square.

La señora Pankhurst, que antes quería dislocar la ley, ahora está dentro de ella. Los policías que antes la perseguían, ahora sonríen bonachonamente á su paso, y los fotógrafos no la enfocan sus máquinas como en las ridículas procesiones del «Voto para la mujer» ó en el fondo de una cárcel, donde se obstinaba en dejarse morir de hambre, sino que la retratan durante una pacífica visita á las *Munition Factories*...

Esta nueva actitud de la señora Pankhurst revela un exacto conocimiento del alma femenina. Todas las mujeres inglesas nos disputan ahora los derechos del hombre; le sustituyen en sus obligaciones. Mientras ellos, al otro lado del horizonte, luchan por la libertad de las naciones, ellas ocupan los puestos que la guerra dejó vacantes. Y esto que sucede en Inglaterra se repite en Alemania, en Francia, en Rusia, en Italia...

Poco á poco las mujeres—incluso aquellas que no masculinizan sus aptitudes, como las damas de la Cruz Roja—van consiguiendo mayor número de positivos triunfos para el feminismo que en otro tiempo las luchadoras por algo tan ineficaz, tan bastardeado como el sufragio.

Si embargo, no todas las mujeres han necesitado la trágica actualidad de la Segadora de hombres para demostrar que eran capaces de servir á su patria de un modo más amplio y decisivo que cosiendo ropa ó dando hijos que luego la guerra ó la miseria empujará á la muerte.

Más interesantes que las sustitutas de hombres son las que supieron crearse un nombre y cumplir una misión de mayor ó menor importancia social sin esperar que los hombres desaparecieran, sino en noble competencia con ellos.

¿Acaso el ejemplo de la señora Wong-Sun-Yue, hermana de Mrs. Howard Gould,



Busto en bronce, obra del laureado artista D. Gabriel Borrás, restaurador del Museo de Arte Moderno, que ha sido ofrecido á Doña María Espinosa por el personal de la Casa Yost, en España, cuya casa dirige hace diez y nueve años



Mrs. Pankhurst, la presidenta de las sufragistas inglesas, visitando una fábrica de municiones en Londres

la millonaria cuyo divorcio obtuvo tal resonancia en Nueva York, no es más digno de imitación que el de una sufragista destructora de bellezas artísticas ó de uniformes de *policemen*?

La señora Wong-Sun-Yue contrajo matrimonio con un chino, acaso no tanto por amor como impulsada por un generoso propósito educativo.

Gracias á ella se debe la implantación en el extremo Oriente del admirable sistema pedagógico Montessori. Incansable, entusiastamente, en una plena abdicación de sí misma, la señora Yue va logrando sus propósitos y adquiriendo mayor número de prosélitos cada día.

Y no necesitamos tampoco salir de España para encontrar figuras femeninas de idéntico relieve. Recientes están casos tan elocuentes y tan dignos de ser popularizados como el de doña María Carbonell y Sánchez, Profesora de la Escuela Normal de Valencia, que ha sido nombrada hija predilecta de la ciudad, de cuyas obras pedagógicas se ha hecho una edición especial y en cuyo honor se organizó un homenaje al que asistieron las autoridades y todos los elementos intelectuales valencianos; el de la Excelentísima Señora Doña Carmen Abela, condecorada con la Cruz del Mérito militar, blanca, por haber costado la construcción de un cuartel en Ronda; el de Doña María Espinosa y Díaz...

Doña María Espinosa y Díaz es un bello ejemplo de lo que significa la voluntad inquebrantable puesta al servicio de una inteligencia privilegiada. Todo cuanto es á sí misma se lo debe. Su envidiable posición social, su prestigio en el alto mundo financiero, han sido adquiridos á fuerza de trabajo, de honradez y de esfuerzos en pro de un feminismo práctico.

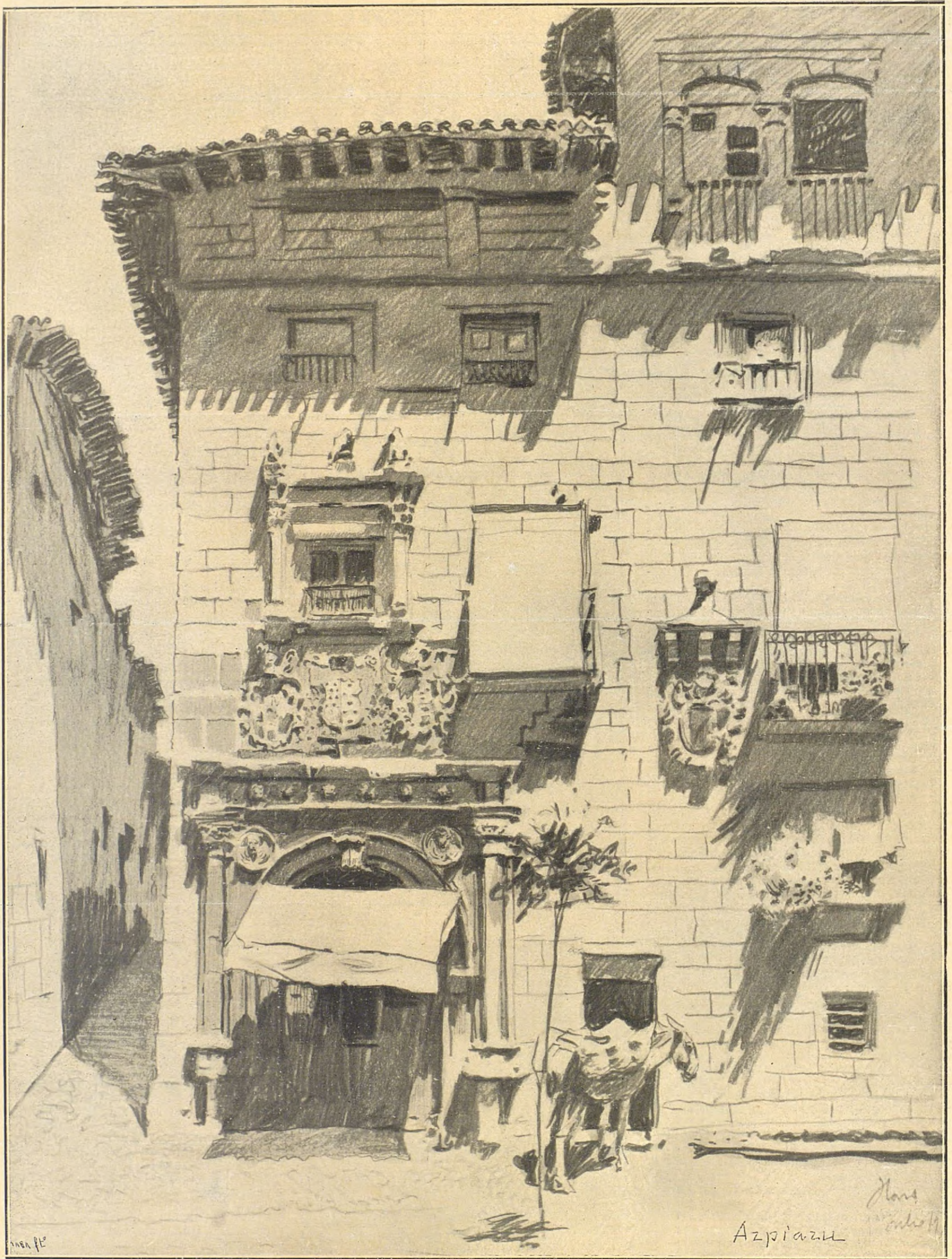
Figura al frente de la casa Yost en España desde hace diez y nueve años. Durante ese tiempo han desfilado bajo sus órdenes y aprovechando sus enseñanzas millares de muchachas que hoy día viven de sus propios esfuerzos. Téngase en cuenta que la mecanografía ha significado en España el primer paso de la emancipación femenina.

Gracias á la señora Espinosa y Díaz la mujer española ha logrado entrar en oficina, del Estado y particulares, en las que hasta ahora estaba injustamente excluido el bello sexo. No podía faltar la recompensa oficial, la sanción definitiva de la obra realizada por Doña María Espinosa y Díaz. A petición de varios centros docentes y previo informe por unanimidad del Consejo de Instrucción pública, le ha sido concedida la cruz de la Orden civil de Alfonso XII.

He aquí la verdadera norma de conducta del feminismo contemporáneo; los senderos sombreados de laureles que quisiéramos ver seguir á las mujeres españolas.

JULIO FALCONIER

RINCONES PINTORESCOS DE ESPAÑA



UNA CASA SEÑORIAL EN LA CIUDAD DE HARO

DIBUJO DE AZPIAZU

GENIALIDADES DE HOMBRES CÉLEBRES OSMAN Ó EL "QUEBRANTAHUESOS"

TENÍA un aspecto imponente. Los brazos le llegaban casi hasta los tobillos...

Así debió de ser, á juzgar por su fortuna en las batallas y en la gobernación de sus estados, tanto que le fué dado fundar bajo su reino el imperio turco.

Por el color de sus cabellos, de sus cejas, de sus barbas y de sus ojos se le llamaba también el *Negro*, mote con el que los turcos solían hacer el mejor elogio. Finalmente, que yo recuerde, se le llamó asimismo el *Ghazi*, esto es, el *victorioso*. De su nobleza de carácter son testimonios su agradecimiento á Alá-Eddin, Sultán de Iconio, su bienhechor, y la fidelidad que le guardó siempre, no obstante habersele podido alzar con una gran parte de sus dominios.

Envidiosos los señores vecinos de las prosperidades y del valimiento que le distinguía Alá Eddin, urdieron un complot para asesinarle. Iba á casarse el señor de Biledjik con la hija del gobernador de Yar Hisar, é invitó á Osman á las bodas con intención de asesinarle. Lo hubiesen logrado si no hubiesen cometido la imprudencia de exponer sus planes á Miguel, apodado Kiencé, esto es, *barbas de macho cabrío*. Este príncipe griego, como amigo íntimo y compañero de armas que era, avisó á Osman.

tradición otomana—su padre vió en sueños un manantial puro brotar impetuosamente de su casa y convertirse—con la rapidez de los sueños—en un torrente que cubría con sus aguas todo el planeta. Un viejo jeque, intérprete de sueños, le explicó así el suyo:

—Tranquilízate. Tu descendencia es bendecida del Señor y tendrás un hijo fundador de una monarquía que se extenderá en poco tiempo por todo el mundo.

El propio Osman tuvo otro sueño de tan buen agüero para su grandeza y la de su estirpe como el de su padre. Estaba enamorado de la hermosa Malun-Khatun, esto es, *mujer tesoro*, y Kameriie, *luna de belleza*, y lo más triste para él era amarla sin esperanza, porque el padre de la doncella se oponía á la boda.

Cierta noche, después de unas horas de lágrimas y de meditaciones, se postró Osman cara al suelo y oró con todo su fervor. Quedose profundamente dormido y en sueños vió un resplandor tan vivo como el de una llama salir del lado del jeque Edebaly, pararse en el ombligo de Osman y salir de pronto un árbol inmenso.

«La copa del árbol—dice la tradición—se perdía en las nubes; de su frondoso ramaje que cubría el universo, pendían frutos deliciosos. Una



El sultán Osman

man grande en todo, porque era un gran visionario y tenía fe en sí, en sus ilusiones y sus sueños, señaló su exaltación al trono con una brutalidad de más de marca. Es verdad que fué la única, y que en los reinados de sus sucesores se registran muchas más y más horrendas.

A su tío Dundar, nonagenario varón que quiso darle algunos consejos para disuadirle de una parte de sus sueños de conquista, le dió por toda respuesta un flechazo que le partió el corazón. Quiso con ello advertir á todos que en adelante recibiría el mismo castigo todo aquel que quisiera cortar le las alas de su ambición. La necesitaba toda entera para la misión de que se creía investido por Alah. Mataba en su tío el pesimismo, el enemigo peor de todos los ideales... Por algo se le había dado el nombre de Osman, es decir el *Quebrantahuesos*, nombre que indicaba que su estirpe aniquilaría á todos los infieles.

Y sabido es la fe que á los musulmanes inspira el nombre. *Los nombres vienen del cielo*, dice el Corán.

Cuando murió no dejó ni oro ni plata ni joyas. Sus liberalidades para con los soldados habian agotado su tesoro.

Sólo dejó caballos de alto precio y numerosos rebaños cuya casta se ha perpetuado hasta el día en Frigia y Bitinia.

Pero si no dejó oro ni plata ni alhajas ni ricas telas, dejó algo más preciado á su descendientes: les legó un imperio y les legó un gran ideal, lo más preciado que puede legarse á un hijo, aunque haya padres que no lo crean así... ¡Un ideal!... ¡Un ideal puede valer un mundo!...

E. GONZÁLEZ FIOLE



Recibimiento de un embajador de Venecia en Constantinopla. (De una estampa antigua)

Osman aceptó la invitación mostrando tanta complacencia y agrado como tranquilidad. Para confiar más á sus enemigos de paso que les aparentaba mayor confianza en su hospitalidad, rogó al traidor que le permitiese trasladar consigo al castillo de Biledjik su harém con todos sus tesoros para asegurarlos contra una sorpresa durante su ausencia. No hay que decir si su petición fué concedida y escuchada con más agrado que había sido formulada. El día de la fiesta nupcial se presentó acompañado de cuarenta mujeres que escoltaban los carros que debían conducir sus riquezas. Penetró en el castillo tranquilamente, y, de pronto, tiró de alfange, y á un alarido suyo las cuarenta mujeres se alzaron las faldas, sacaron las armas con que venían prevenidas y entre todos asesinaron al traidor gobernador y á sus criados, y Osman se apoderó de la hermosa novia y la guardó para esposa de su propio hijo Orkan, entonces de doce años de edad. ¡Había sido todo una estratagem! Las mujeres no tenían de femenino sino la indumentaria. Sus ropas disfrazaban á cuarenta jóvenes y animosos guerreros que le ayudaron en su hazaña. El nombre de la infeliz novia, Niloufer, se dió luego, no se sabe si en memoria de esta arriesgada aventura, al río que cruza la rica llanura de Brusa, donde luego había de ser enterrado el valiente raptor, y en cuyas orillas abundan los nenúfares.

Ya antes de nacer Osman—según cuenta la

de sus ramas, de un verde más intenso y brillante que las demás, doblegada bajo el peso de un alfange, colgaba hacia Occidente por la parte de Constantinopla. Ríos majestuosos, arroyos cristalinos regaban prados y vergeles bajo aquella sombra misteriosa. Ciudades con sus cúpulas brillantes, con sus altísimos minaretes se alzaban en las vastas llanuras, donde cien pueblos, llegados de todas las partes contemplaban maravillados el espectáculo.»

El sueño mereció del jeque Edebaly esta interpretación:

—El árbol es el maravilloso Thuba, una de las maravillas del paraíso. Su belleza, sus frutos exquisitos de vigorosa vegetación, indican la prosperidad de la casa de Osman; las ciudades, las llanuras, los vegetales y los ríos, designan la extensión de la monarquía; los numerosos pueblos llegados de todos los ámbitos del mundo para cobijarse á la sombra del nuevo *thuba*, representaban la diferentes naciones que se someterían á su imperio; el ramo colgado hacia la parte de Constantinopla anunciaba la conquista de esta ciudad por un príncipe de su familia, y el brillante resplandor que salía de la persona del jeque, era el emblema de su hija Malun-Khatun cuya alianza con Osman debía realizar todas las promesas de la visión.

El buen jeque no vaciló ya en consentir el casamiento de su hijo con Osman.

Sin embargo, este hombre valeroso, este Os-



El Castillo de Brusa, donde se enterró á Osman

MONUMENTOS ESPAÑOLES

EL CONVENTO DE SANTO TOMÁS DE ÁVILA

SEMIOCULTO en una hondonada, fuera del recinto murado y lejos de la población—en la relativa lejanía de una ciudad pequeña, donde no hay distancias—el convento de Santo Tomás pasa casi por completo inadvertido para el turista que, ganoso de emociones, recorre la patria de Santa Teresa. ¿Quién no busca el convento de Santa Teresa, enclavado en el solar donde se alzaba la casa en que nació la fundadora? Preciso es internarse en él, y, habituada la vista á la semi-obscuridad reinante, admirar la amplitud de sus naves, la belleza del retablo y del púlpito, las primorosas filigranas de la sillería del coro—de estilo gótico florido, casi idéntica á la de la Cartuja burgalesa, y probablemente como ésta, tallada por Martín Sánchez—y la ingeniosa disposición del altar mayor situado sobre una bóveda, á la altura del coro, para que el espectáculo de las ceremonias religiosas no sea ocultado por el sepulcro de Don Juan, que ocupa el centro de la nave... Y esto es para mí lo que constituye el mayor atractivo de Santo Tomás. El sepulcro de D. Juan, no ya por lo admirable de su labor escultórica, sino por el encanto de la leyenda que á manera de nimbo lo circunda...

Era este D. Juan inhumado en el sepulcro alabastrino del templo abulense de Santo Tomás, el Príncipe de Asturias, hijo predilecto de los Reyes Católicos, el más amado de los vástagos reales por el pueblo español. Llegado que fué á la edad viril, hubo que pensar en darle esposa, con la premura que exige la razón de Estado en determinadas circunstancias, y se pensó en adjudicarle la mano de Doña Catalina de Navarra, ó bien la de la duquesa de Bretaña, no menos linajuda que aquélla. Mas los últimos acaecimientos políticos, favorables al prestigio creciente de la doble monarquía, hicieron pensar á Fernando el Católico—gran diplomático, antes que nada—en la mayor conveniencia que á su trono reportaría la unión de sus hijos con las principales familias reinantes en Europa. Quedaron, pues, entre ambas princesas descartadas, y concertóse el matrimonio con Margarita de Austria, hija del Emperador Maximiliano, coincidiendo con este proyecto de enlace el de la Infanta Doña Juana con el Archiduque D. Felipe, soberano de los Países Bajos.

Aparejóse una flota para conducir á la novia hispana en busca del prometido flamenco, y traer á la esposa austriaca á los brazos del Príncipe D. Juan.

De Laredo hasta donde fué Doña Isabel I para despedir á su hija Doña Juana, zarparon las nupciales carabelas al mando del almirante D. Fadrique Enríquez. ¡Mal viento hinchó las velas de las naves! En ellas iba una Infanta que debía perder la razón á impulsos de pesares amorosos; en ellas regresaría una princesa



Fachada principal del Convento de Santo Tomás FOTS. LÓPEZ BEAUBE

destinada á hacer morir de amor á un príncipe heredero.

Desencadenados los elementos, pusieron mil veces en peligro la flotilla: dijérase que la Naturaleza, piadosa, trataba de oponerse á futuros desmanes. Mas al fin llegó á su destino, y en Lila fué Doña Juana desposada con D. Fe-

lipe, recibiendo del arzobispo de Cambray la bendición nupcial. Nuevas tempestades y peligros pusieron en más de un duro trance en su retorno á las carabelas, portadoras de la Princesa Margarita; pero, al cabo, arribaron á Santander, y desde allí, con séquito brillante de caballeros y tropas, marchó al encuentro de su prometido.

Harto impaciente aguardaba D. Juan el momento de unirse con su esposa: su sangre juvenil añoraba el encuentro con la amada. Avido de conocerla, salió en su busca y en el Valle de Toranzo encontráronse entrambas comitivas, marchando unidas á Burgos, donde con toda pompa unió á los contrayentes el arzobispo de Toledo. Fiestas de imborrable recordación celebráronse entonces, con inusitada pompa y boato singular: embajadores de las cortes europeas, grandes personajes de todos los órdenes, sabios y guerreros famosos, contribuyeron, con su presencia á la mayor solemnidad del suceso, que sólo tuvo una nota triste en el accidente que hubo de acaecerle, cayendo del caballo, á D. Alonso de Cárdenas, hijo del comendador mayor D. Gutierre.

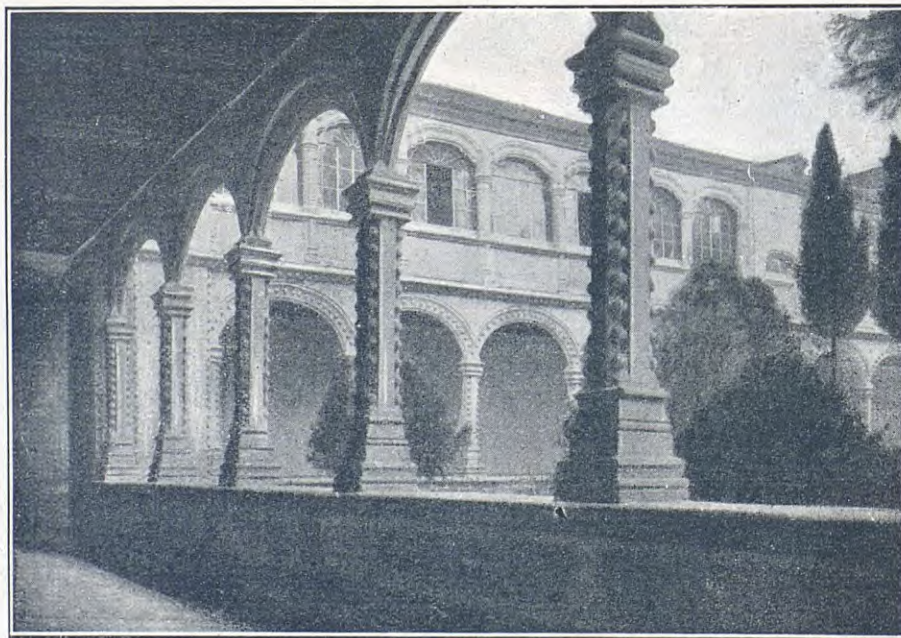
La Reina Doña Isabel hizo á su nuera el donativo más preciado que pudo: el de sus joyas, célebres no tan solo por su gran valor material, sino también por haber sido las mismas que tuvo empeñadas para atender á los gastos de la guerra granadina.

Desde el primer momento, D. Juan adoró á su esposa: si bella se la pintara la imaginación, más bella y más amante mostrósela la realidad. Era, pues, un hombre totalmente dichoso. Mas poco hubo de durarle la dicha.

Cuando sus padres contentos al ver feliz al hijo más amado, disponíanse á celebrar la unión de la Infanta Isabel con el Rey D. Manuel de Portugal, el Príncipe D. Juan cayó enfermo gravemente. No bien lo supo, la Reina voló á su lado, desde Valencia de Alcántara, donde la citada unión celebrábase. ¿Qué mal aquejaba al adorado hijo? Poco mal, pero transcendente en grado sumo: delicada contextura y exceso de amor. Ya antes los físicos de la corte hubieron de aconsejar á Doña Isabel la conveniencia de que, por algún tiempo, el Príncipe D. Juan se apartase de su joven esposa; pero él se opuso, y la Reina, anteponiendo á su amor maternal los escrúpulos de su conciencia cristiana, tampoco se avino á la separación corporal, recordando la máxima evangélica: *Quos Deus conjunxit, homo non separet...*

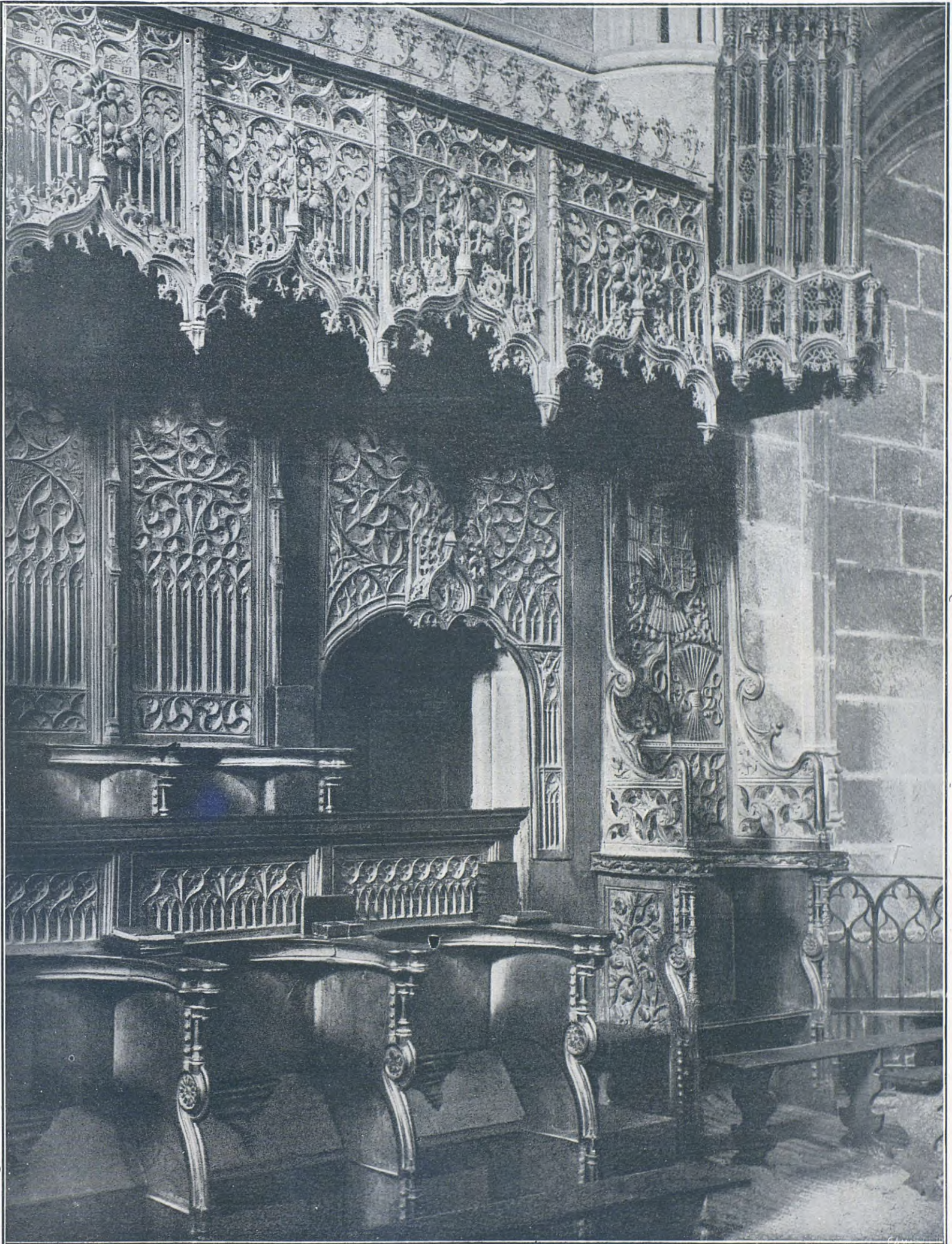
Y la llama de amor en que ardía el Príncipe sin ventura le consumió, cumpliendo la profética afirmación de los hombres de ciencia. Así murió el Príncipe D. Juan, á los veinte años de su vida, feliz en su desgracia, ya que ésta no tuvo más origen que el mismo exceso de ventura...

Augusto MARTÍNEZ OLMEDILLA



Claustro y patio de los Reyes en el Convento de Santo Tomás de Ávila

LA RIQUEZA ARTÍSTICA DE ESPAÑA



DETALLE DEL CORO DE SANTO TOMÁS (ÁVILA).—SITIAL DE LA REINA ISABEL LA CATÓLICA, DE ESTILO GÓTICO FLORIDO

FOT. LÓPEZ BEAUBÉ

PAISAJE DE EL PARDO



Bello paisaje de El Pardo

MADRID será vulgar por el ensanche urbano de Salamanca ó Fuencarral. Será abominable, fúnebre, estercolario, por los desbordes del puente de Toledo y de la puente segoviana. Pero tiene junto á las tapias de la Moncloa y el parque del Oeste, los montes de El Pardo. Ellos bastarían para redimir á cualquier gran ciudad y para darla un reposo aristocrático que no lograrán jamás las opulentas villas advenedizas.

El Pardo es como el fondo de la casa solariega; como las arcas talladas en que duermen, entre los pergaminos familiares, las ejecutorias. Pueden ser destruídos en días de miseria ó de locura; pero no se pueden improvisar. Tú, español de cualquier rincón de España, de Madrid ó de las provincias, sentirás una de las emociones plenas del suelo y el cielo de tu patria sólo con andar cuatro pasos más allá de la puerta de Hierro. Si no te hiere la severidad castellana, demasiado huraña, demasiado fría, alejarás de tu pensamiento lo que hay en Madrid de postizo, de cosmopolita y enlazarás el pasado con el porvenir, viendo cómo caracteriza lo que fué España y lo que será esta tierra sobria decorada de encinas, robles y chaparros. No tendrás más remedio que pensar en Velázquez y en Goya, y tanto como en ellos en el amparo del poder real que ha librado los montes del hacha y de la profanación. Y por ningún indicio podrías suponer que tenías cerca de ti el tráfico de una gran ciudad si no te lo advirtieran tus cuidados y tus preocupaciones. Porque el encanto de El Pardo está en la

soledad. Quien no lo viera no podría imaginarse que hay á pocos kilómetros de Madrid aquel pueblecito serrano con su plaza de soportales, tan humilde, á la sombra del palacio real. Un pueblecillo que aun viviendo cerca de la corte pugna por volver á la sierra y se resiste á la mudanza, desafiando los siglos. ¡No! No es Versailles ciertamente; ni Compiègne; ni Montmorency. No tienen sus callejuelas coquetería, ni siquiera otra urbanización que la rudimentaria de cualquier aldea. No vemos la huella de la industria y el comercio ciudadano, ni tampoco ha procurado el interés particular hacer amable la estancia del viajero. Es simplemente una puerta tan tosca como lo requiere el monte

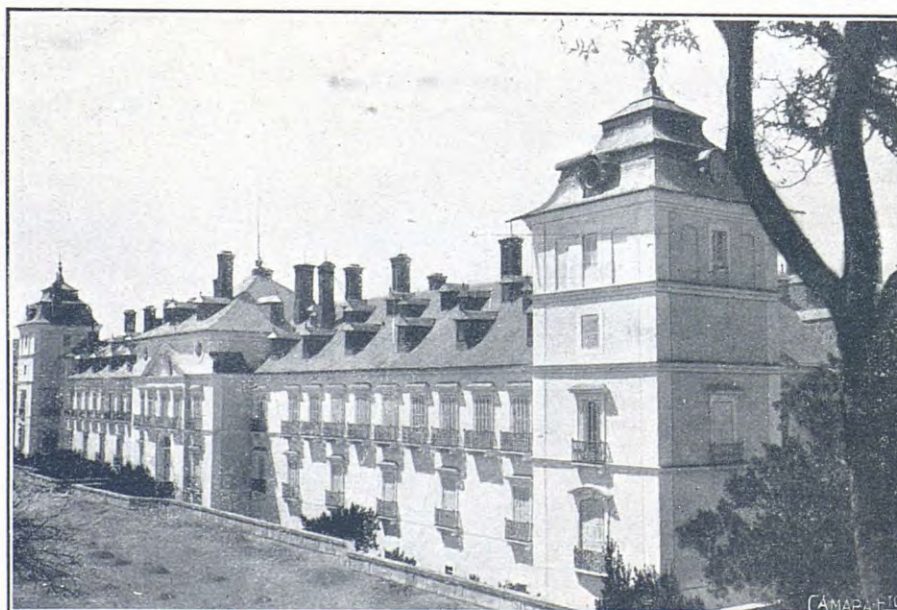
á que da acceso. Y es también una prueba del temple de la sierra, refractaria á la civilización improvisada y dura como el pedernal.

Del río, que baja en lenta curva, de los árboles ribereños, de las colinas circundantes brota un viento de melancolía. Ahora ruedan las nubes cargadas de nieve. La tierra se empapa de humedad y brilla tenuemente la claridad del sol. Los árboles se alzan como fantasmas que volvieran de su conjuro alrededor del palacio de El Pardo y se reflejan turbiamente en el agua roja del Manzanares. Juegan los chiquillos, descalzos de pie y pierna, en la ribera. Sube, despacio, camino adelante, una pareja de la guardia civil con su capotón cerrado. Y viene del pueblo un cortejo

de gente campesina que se detiene al llegar al puente. El cura con su sobrepelliz, los monaguillos delante de una cajita blanca que llevan otros niños.

¡Dolor! ¡Dolor y lágrimas en todas partes! ¿Vamos á recorrer aquellas solitarias estancias por donde cruza la sombra de Don Alfonso XII? ¿O será mejor entrarse monte adentro y descansar el alma en la serenidad del amplio cielo ó entretenerla prosiguiendo la vida que huye entre matas y jaras y que se esconde á nuestro paso? Desde lo alto de la ermita las colinas parecen darse la mano con la sierra. Líneas largas, tortuosas, van marcando el nivel. Desde cualquier atalaya de la sierra de Córdoba ó de la vega valenciana, tiene el campo variedad de líneas y de matices. Aquí, los árboles espaciados repiten majestuosamente la misma nota de severidad y de agreste ímpetu.

Luis BELLO



El Palacio Real

F. TS. CAMPÁ

TIPOS CASTELLANOS



LA MOCITA VIEJA, dibujo de Cerezo Vallejo

No habrá arribado á los veinte años, y ya su humilde condición le comunica apariencias de anciana. El campo, que hace lozanas, frescas y radiantes tantas cosas, envejece también á muchos seres con cruel precocidad. Y esta pobre mujer de pueblo, tocada con su pañuelico ordinario, simplemente vestida, no podía decirnos dónde está su juventud, qué es de ella...

La tierra, implacable, la ha absorbido. Cuanto más liberales y sazonadas son las cosechas que concede, mayor es el caudal de sudor humano que exige. Sólo las nubes y las frentes sacan tierno, oloroso y rico el pan candéal. Esta tierra castellana, tan desvalida y ruda, no pide más artificios que la solicitud, el esfuerzo y el amor del hombre.

Y cuando el hombre falta, la mujer le suple.

He ahí por qué esta mocita, en lugar de ir cosechando primaveras, parece fruto del más desabrido invierno. No tiene edad definible ni la tendrá nunca. Su mísero destino la ha condenado á semejar una transición entre el ser humano y la piedra, entre la flor y el adobe. En la vida sórdida del pueblo—perdido tierra adentro, lejos quizás de estaciones ferroviarias y de prados rientes—es una máquina rudimentaria, disfrazada, torpemente, de persona.

Ella acarrea gavillas de sarmientos; siega, bajo la maldición asfixiante del resistero; vendimia, escarda, siembra, trilla... La juventud se le escapa entre jadeos y suspiros, eternamente apegada á la gleba; y si los vientos de la sensual primavera ó

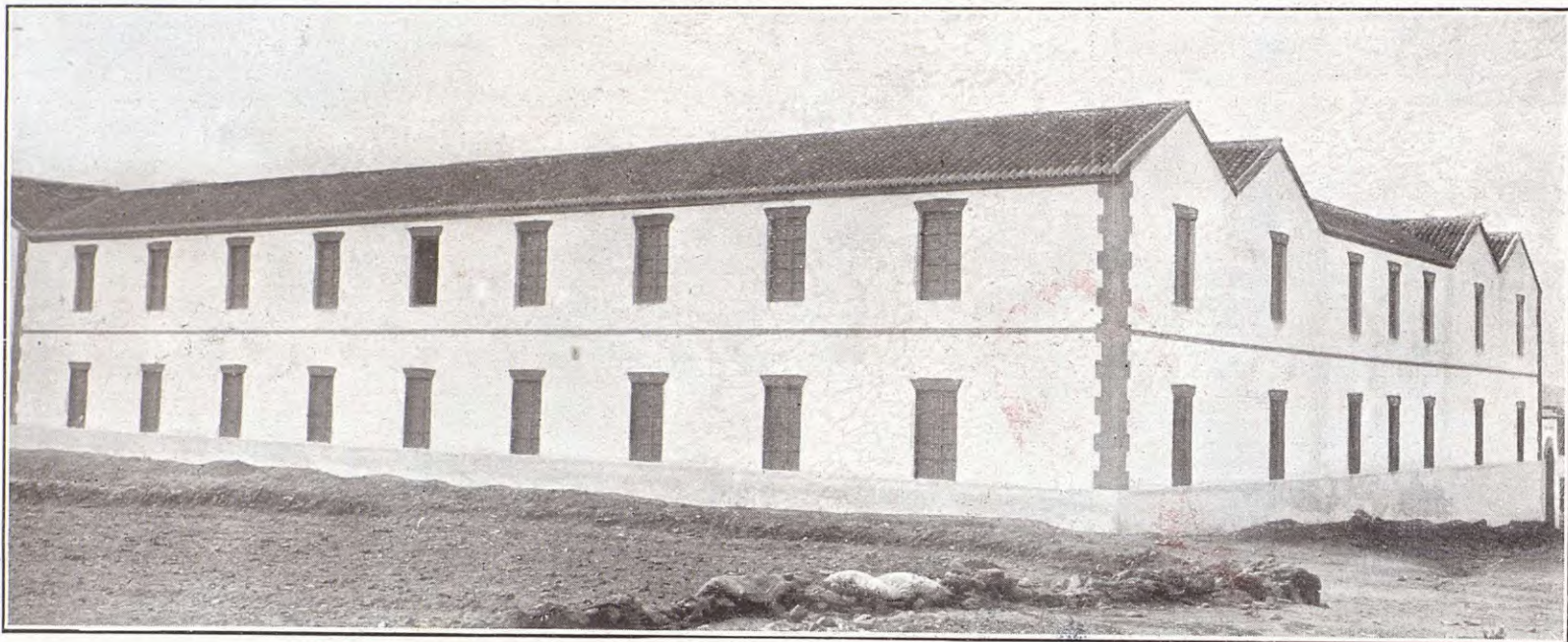
del alborotado otoño le curten la cara, le dan robustez fisiológica, no corre jamás una brisa que traiga emanaciones abriñenas de ensueño.

Dentro de quince, de veinte años, esta mujer parecerá tan vieja como hoy. Se habrá casado con un labriego; seguirá esperando de la trabajada tierra sus recursos; vestirá de áspero tejido; mirará al cielo aguardando ó temiendo el nublado, y, en un claro azul, columbrará la bienaventuranza eterna. Años después, surcado de arrugas el rostro, sarmientos las manos, se sentará á la puerta de su vivienda, y, como tantas viejecitas españolas, suspirará largamente, reiteradamente...

E. RAMÍREZ ANGEL

LA FILANTROPÍA DE UNA DAMA ILUSTRE

REGALO Á RONDA DE UN EDIFICIO PARA CUARTEL



Vista del cuartel de la Concepción, construido en Ronda por la Excm. Sra. doña Carmen Abela y regalado al Ministerio de la Guerra
FOT. REYES

El 23 del próximo pasado mes, llegó á la histórica ciudad de Ronda, en el correo de Sevilla, el Excmo. Sr. Capitán General de Andalucía, para hacerse cargo en nombre del Gobierno de S. M., del hermoso y magnífico cuartel de la Concepción que la ilustre dama rondeña excelentísima Sra. Doña Carmen Abela, regalaba á su patria, al propio tiempo que para imponerla la condecoración que S. M. el Rey la otorgara por su valioso y filantrópico desprendimiento, digno de toda gratitud.

En la estación de la culta ciudad esperaban á su excelencia, todas las autoridades acompañadas de la población en masa, que tributó al heroico caudillo un grandioso y entusiasta recibimiento, que se desbordó en una formidable ovación que no cesó hasta dejarle en su albergue.

Una compañía del regimiento de Infantería de Cuenca, con bandera y música, hizo al invicto General Orozco, los honores correspondientes á su alta jerarquía. Enseguida se procedió á las presentaciones.

Una vez hechas las presentaciones y saludos de rigor, trasladó el veterano General seguido de las autoridades y del pueblo, al palacio de la noble dama excelentísima Sra. Doña Carmen Abela, para saludarla y dárle las gracias en nombre del Gobierno por su patriótico y espléndido donativo.

Cumplido este acto de cortesía, retiróse el General á descansar, no sin antes haber dirigido la palabra al pueblo, que no cesó un momento de vitorearle y aclamarle con indescriptible entusiasmo.

Al siguiente día 26 celebróse en la alameda del Tajo una solemne misa de campaña, que fué celebrada por el Vicario general Castrense, que con este fin había llegado de Sevilla acompañando al



EXCMA. SRA. DOÑA CARMEN ABELA

Que ha sido condecorada con la Gran Cruz del Mérito Militar, blanca, por haber construido á sus espensas y regalado al Ministerio de la Guerra un cuartel en Ronda

FOT. KAULAK

Capitán General, y á oír la cual asistió en masa el pueblo de Ronda.

Terminada la solemne misa, el Sr. Vicario castrense pronunció una notable oración, enalteciendo las altas dotes que adornaban á tan esclarecida é ilustre dama, haciendo resaltar de manera magistral, los grandes méritos contraídos por la virtuosa señora á quien por ello S. M. el Rey se había dignado concederla en justo premio, la preciada condecoración de la gran cruz del Mérito Militar con distintivo blanco. Plática que fué escuchada con gran recogimiento.

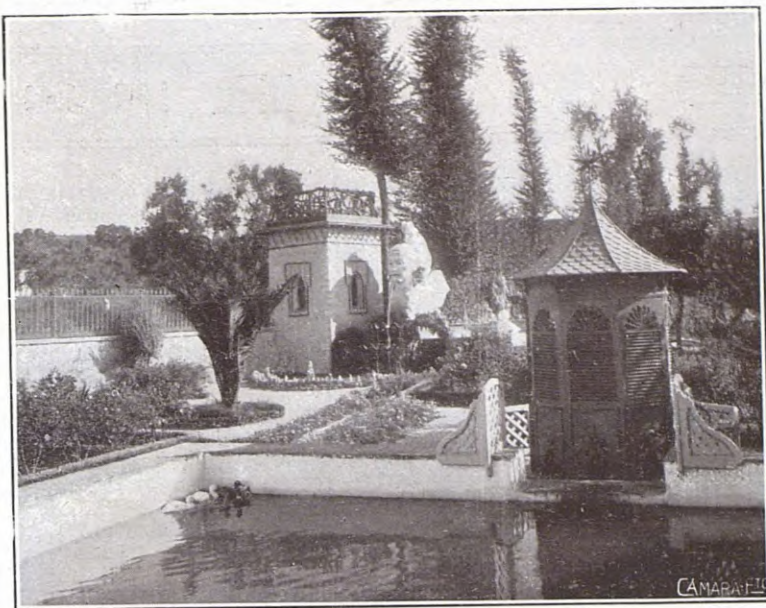
Inmediatamente después, el excelentísimo Sr. Capitán General de Sevilla, procedía á imponerle dicha condecoración, que traía guardada en el riquísimo estuche de piel de Rusia que el excelentísimo Sr. Conde del Serrallo le había remitido como regalo.

En aquel momento el júbilo, la intensa emoción se adueñó por completo del público, que la exteriorizó prorrumpiendo en prolongada y clamorosa ovación.

Los vítores y aclamaciones á tan virtuosa señora se sucedieron sin interrupción y ella visiblemente conmovida y emocionada, daba las gracias á sus paisanos por las muestras de cariño de que en aquellos instantes le hacían objeto.

Concluida la ceremonia y acompañada por el heroico General Sr. Orozco quien la daba el brazo y precedida por el Ilustrísimo Sr. Alcalde D. Francisco Ruiz Pérez, trasladáronse al cuartel de la Concepción, que fué bendecido por el señor Vicario general castrense, procediéndose acto continuo á firmar el acta de entrega y cesión del mismo.

El ilustre General acompañado por el distinguido ingeniero señor Corró, visitó detenidamente todas y cada una de las dependencias del hermoso y amplio



Hermosa línea de "Los Dolores", propiedad de la Excm. Sra. Doña Carmen Abela, situada en el pintoresco valle de Alcobáin



Iglesia de Nuestra Señora del Socorro, en Ronda, reedificada por la virtuosa dama Doña Carmen Abela García

edificio, quedando satisfecho y complacido de cuanto veía, haciendo grandes y cumplidos elogios de D. Luis Corró y Ruiz, por su rotundo acierto en la dirección de las obras.

Terminada que fué la visita obsequióse á toda la tropa con un rancho extraordinario y pasaron los invitados oficiales al Cuartel de Banderas, donde se sirvió un *Champagne* de honor, saliendo todos los asistentes satisfechísimos por las atenciones y deferencias de que habían sido objeto por parte de la ilustre señora que festejaba.

A las ocho de la noche celebróse en el palacio de la respetable dama, el banquete de gala en honor del Excmo. Sr. Capitán General y del Ilustrísimo Sr. D. Francisco Ruiz Pérez, simpático y culto alcalde de Ronda; asistiendo como invitados los señores jefes y oficiales del séquito de su Excelencia, los ayudantes de órdenes, el señor Vicario general castrense, el Vicario de Ronda en representación del Clero de la ciudad, un diputado provincial en nombre y representación de la Excm. Diputación de Málaga, el señor Juez de primera instancia, el distinguido ingeniero Sr. Corró y su hermosa señora; la distinguida Srta. Anita Gómez Giles y el simpático abogado y ex diputado provincial D. Antonio



D. LUIS CORRÓ
Ilustre ingeniero, autor del proyecto y director de la construcción del cuartel de Ronda

María Claono. Excusado es decir que lo selecto de la comida y la amenidad y galanura en las conversaciones, fueron las notas salientes de esta hermosa fiesta, de la que conservarán gráfísimos recuerdo cuantos participaron de ella.

Durante el banquete, la notable banda del regimiento de Cuenca interpretó magistralmente, escogidas y difíciles composiciones que fueron justa y unánimemente celebradas por los asistentes al acto.

Al enviar desde estas columnas nuestra entusiasta y sincera felicitación á la esclarecida é ilustre dama con cuya amistad nos honramos, la alentamos á que prosiga sin desmayo la meritoria obra emprendida en beneficio de nuestra amada y querida Ronda, á la que de todo corazón admiramos y queremos.

Y de todo corazón es de desear que rasgos como el que ensalzamos, reveladores de un hondo patriotismo y fomentadores del santo amor á la Patria, hallen muchos imitadores.

Así es como se prueba el amor al Ejército y la admiración á sus glorias. Así es también como se demuestra la veneración que nos inspira el santo nombre de España.

L. TAURONI DE GAETA



La Excm. Sra. doña Carmen Abela, acompañada del capitán general y autoridades civiles, en uno de los patios del cuartel regalado á Ronda por dicha ilustre dama

FOT. REYES

DE NORTE A SUR

Boy-scouts japoneses

Un poco olvidado parece en España aquel entusiasmo de los batallones infantiles á quienes se les daba el nombre de exploradores. Ya no se ven en las gélidas mañanas de invierno los desfiles á redoble de tambor, de niños que apenas podían sostener el peso de mochilas y pértigas y de señores barbudos con las pantorrillas al aire y el aspecto marcial. Tampoco en los crepúsculos domingueros, cuando la gente se abalanza á los tranvías de retorno, se ven las figuras de exploradocitos fatigados y soñolientos, con el enorme é ineficaz palo asomando por fuera de la plataforma y tropezando en los árboles ó exponiéndose á sacar un ojo al pacífico transeunte.

Cuando aquella fiebre de «esculismo», éramos muy pocos los que sonreíamos incrédulos. Más de una discusión hubo de sostener por lo que yo consideraba un ataque á la infancia.

El tiempo ha venido á darnos la razón á los, entonces, escasos protestantes. ¿Qué se han hecho de los sombreros americanos, de las blusas holgadas, los pañolillos al cuello, las pértigas y aquel himno tan pintoresco que cantaban los pobres chicos á voz en grito? ¿Qué se ha hecho de todos aquellos entusiasmos, de aquel afán de vivir al aire libre, de escalar cumbres y de acumular energías para formar la raza futura?

No faltarán personas que lamenten la ausencia de nuestros «boy-scouts», por lo que distraían al pasar y que tenían la lenta, pero continua desaparición de lo que se llamaba pomposamente «esculismo».

Todo tiene sus partidarios, y justo es reconocer que los exploradores los han tenido muy decididos y entusiastas. Así pudieron progresar tanto en tan corto espacio de tiempo.

Y no es que me parezca mal en principio que los niños pasen el mayor tiempo posible al aire libre, que corraen y jueguen á pleno campo y que sepan distinguir un alcornoque de una planta de tomillo. Pero precisamente por ello encontraba reprochable los adversos procedimientos que habían empleado para enseñar á los niños el odio antes que el amor al campo. Porque mucho deseo de aire libre y muchas ganas de subir cuestras, trepar árboles y cortar camppestres florecillas habían de tener los niños para no perderles, después de caminar varios kilómetros, sudorosos bajo la impedimenta de mochilas y palos, al paso militar, cantando estrofas que no eran modelo de belleza poética, y dispuestos á hacerse la comida, levantar tiendas de campaña, trasladar heridos imaginarios y subirse á lo alto de un pino ético para gritar:

—¡Cabo de guardia! ¡Algo viene y se acerca por Bellas Vistas!

Sin embargo, como soy un adversario leal, ofrezco á los partidarios del esculismo una fotografía de los flamantes boy-scout japoneses.



Un niño arrancando de una encina una ramita de muérdago para decorar su árbol de Navidad, según la tradicional costumbre inglesa. FOT. HUGELMANN

Vedles con su aspecto fatigado y triste, esforzándose en no perder el «paso» y con sus pequeños riles al hombro. Esto es una novedad que indudablemente se debe á la guerra. Los palos que impuso el esculismo yanqui se sustituyen con armas de fuego. Así se preparan las generaciones futuras.

Otro detalle—pero ésto solamente grotesco—es la antiestética gorrilla europea que des-

compone la bella armonía del traje oriental. Las gorillas de la armada japonesa, desentonan en las graciosas figurillas de muñecos.

Y se piensa en que más violenta y más terrible desarmónica existe aún en esos espíritus apenas despertados á la conciencia. Todo el pasado romántico y caballeresco, todas las dulces leyendas del antiguo oriente, se arrancan como plantas malditas y, en cambio, se van sembrando en las jóvenes almas el culto á la fuerza, el odio á los hombres nacidos más allá de sus fronteras y la afirmación de que se sirve mejor á la patria esclavizándonos y dejándonos matar, que siendo libres y empleando nuestra inteligencia y nuestra sensibilidad en hacer bella y duradera la vida...

El «misletoe» ó el beso pascual

Costumbre inglesa es colgar entre las brillantes baratijas y juguetes de los árboles de año nuevo, el minúsculo «misletoe».

El «misletoe» es un parásito que crece en las cortezas de los robles. Pasa de los campos á los hogares, y durante unos días protege los besos pascuales.

Toda muchacha que se encuentra bajo un árbol engalanado y en el que no falte el «misletoe» simbólico, podrá recibir un beso vuestro sin protesta ni indignación.

Pasados estos días halláis en el mismo sitio á la misma muchacha y hasta desconsideración y grosería incalificable significaría el que acercárais vuestros labios á las mejillas que tienen la rubicun-

dez y el plumón de los albérrichos ó el pelo de los fibios reflejos áureos. Porque estos árboles de pascua suelen colocarse en el comedor y en el recibimiento de cada *home* londinense. Y no es lo mismo besar debajo de un árbol florido y deslumbrador que bajo la lámpara ó junto al perchero.

Besos ingenuos, sin transcendencia, sin mal-sano propósito son estos que el humilde parásito de los robles protege y que una tradición de humana fraternidad autoriza.

Comparada esta grata costumbre—que evoca otros tiempos menos envenenados de civilización que los contemporáneos—con nuestras escandalosas algazaras populares de estos días en que las turbas de hombres ebrios y mujeres desmelenadas como furias atraviesan las calles golpeando latas, sartenes y almireces y aullando canciones obscenas, la elección no es dudosa...

Ni es tampoco preferible el Nacimiento de figuras toscas ante el cual cantan villancicos los muchachos, á ese árbol de Noel en torno del cual se congrega la familia como una evocación de versículos bíblicos y cuyas ramas ofrecen como sazonados frutos regalos... ó besos.

Aún en ésto último nada hay censurable ó incorrecto.

José FRANCÉS



«Boy-scouts» japoneses efectuando ejercicios militares. FOT. CENTRAL NEWS